TRES TRAMPAS EN EL NOVIAZGO

Juan L. Pedraz, S.J.

INDICE

Introducción.....

¿El Matrimonio es la Tumba del Amor?.....
El matrimonio es fenomenal.....
El amor es fenomenal.....
Película de un fracaso.....
¿Dónde estuvo el fallo? .....

PRIMERA TRAMPA: Creer que se aman cuando sólamente se desean.....
¿Por qué pasa el deseo?.....
Ingenuidad tiene nombre de mujer.....
Pero el amor no pasa nunca.....
Tres criterios que no funcionan.....
A) Primer Criterio: ¡Pero cómo me ama!.....
B) Segundo Criterio: ¡Se sacrifica tanto por mí...!.....
C) Tercer Criterio: Pero es tan cariñoso y galante.....
¿Son o están siendo?.....
Una razón más para equivocarse.....
Pero, ¿es que son los mismos?.....
Y estaban siendo sinceros.....
El nudo del problema.....
La verdadera clave.....
Pero conmigo es diferente.....
Otro tipo de amor.....

SEGUNDA TRAMPA: Creer que son afines, cuando sólo les gusta estar juntos.....
La muerte por aburrimiento.....
Matrimonios que se desangraron.....
¿Son afines o les gusta estar juntos?.....
Un caso especial.....

TERCERA TRAMPA: Creer que están pensando, cuando sólo están sintiendo.....
A) "Mi caso es diferente".....
B "Ya verá usted cómo yo le cambio.....
"Pero todo el mundo puede cambiar".....
"Pero es que sus promesas son tan sinceras..."".....
C) "Le quiero tanto que no me importa".....
D) "Es que es el hombre de mi vida".....
Pero ¿por qué es tan difícil?.....

Adolescencia y Noviazgo.....
Adolescencia y madurez.....
Todavía otra razón.....
Pero siempre podemos dejarnos.....

¿Un Matrimonio a Prueba?.....

INTRODUCCIÓN

¡Esto de estar enamorado es un lío! Un lío sabrosísimo, pero un lío. Lo malo es que con frecuencia de novios empiezan liados a besos y de casados terminan liados a bofetadas. Y para evitar ésto he escrito estas páginas.

Pero lo voy a decir ya desde ahora: me temo que para los novios enamorados este libro va a ser inútil; después diré por qué, aunque el lector ya se lo sospecha. Por eso creo que este libro es más bien para que aquellos que todavía no están enamorados y para los padres: para que vayan preparando a sus hijos que todavía no están enamorados, pero pueden ya enamorarse. Y creo que también podría servir como materia de discusión en círculos de formación humana y cristiana: porque ¡cuántos cristianos han naufragado por un mal matrimonio!

¿El Matrimonio es la Tumba del Amor?

Un cínico dijo que el matrimonio era la tumba del amor y uno está casi por darle la razón. Porque es aterrador el número de matrimonios que no son felices; eso sin contar aquellos matrimonios que son trágicamente desgraciados.

Porque cada día se oyen con más frecuencia estos diálogos "Oye, ¿te enteraste? dicen que Maricarmen y Alberto se están separando". Y los divorcios y separaciones no son más que la punta del iceberg que flota por encima del agua. Porque frases como: "Cuando éramos novios él era tan considerado, tan cariñoso, tan responsable y ahora..."; si es ella la que habla, se oyen continuamente. Y si es él: "Ella, que cuando éramos novios, era tan femenina, tan complaciente, tan delicada, y ahora...".

Pocos temas son tan explotados por el cine y la literatura como este tema del amor traicionado. Y no digamos de las canciones. Porque enciendes la radio y en ella un cantantes está cantado a voz en cuello que está hecho polvo, porque prevé que la eternidad le va a resultar corta para amar a su novia y a continuación viene una cantante con aquello de que "hay dos cruces plantadas en el monte del olvido... son dos amores perdidos que son el tuyo y el mío".

Si se tratara de esos casos aislados, era de esperar; pero es que son incontables los matrimonios que fracasan de una manera más o menos total.

Porque son todos esos matrimonios en que los dos coexisten bajo el mismo techo, a lo más soportándose civilazadamente, guardando apariencias, instalados en un "modus vivendi" en el que sólo hay formas, pero no contenido y sintiéndose atrapados, muy lejos de aquella felicidad que habían soñado cuando se casaron.

Y son también todos esos matrimonios que mueren asfixiados por el aburrimiento, en el que el marido y la mujer son dos seres bostezando juntos, aburridos, pero lo que es peor aburridos el uno del otro, sin nada que decirse más profundo y significativo que: "por favor pásame el café".

Y quedan todavía aquellos casos afortunadamente menos frecuentes, pero, sin embargo bastante frecuentes en el que el matrimonio y el hogar se ha convertido en una sala de torturas. ¡Qué escenas! Noches en vela, los ojos rojos de tanto llorar, mientras unos niños duermen inconscientes en sus camitas o en la cuna y la madre espera y espera a que el marido llegue de estar con la otra. Y por fin llega y entonces son insultos, son amenazas, son, muchas veces, golpes. Y aquel hombre un día, ante un altar había jurado un amor eterno a aquella mujer y se había comprometido a hacerla feliz.

O es la esposa caprichosa, altanera, egoísta, para quien el matrimonio es la manera de explotar a un hombre, que pague sus caprichos, a quien ignora por completo o es la mujer arpía, fría, castrante y asexuada que convierte el matrimonio en una prisión y sin derecho a visitas conyugales.

Por eso no me extraña que haya gente superficial con la hondura de un charco de agua en una carretera bien asfaltada que digan que no creen en el matrimonio que sólo creen en la pareja y que el matrimonio como institución está pasado de moda. Claro que esto lo dicen personas que no tienen la hondura y profundidad suficientes para establecer un relación emocional y física realmente significativa y plenificante.

El matrimonio es fenomenal

Sin embargo, no estoy de acuerdo: el matrimonio no es la tumba del amor; el matrimonio está llamado a ser y por su naturaleza es la situación existencial que más felicidad puede proporcionar a la mayoría de los hombres. Tenía prisa por decir esto, porque más de un lector, me sospecho, que estaría pensando que tengo una actitud my pesimista respecto del matrimonio; y no la tengo respecto del matrimonio, pero sí respecto de un gran número de matrimonios y precisamente porque en realidad no son matrimonios.

No es difícil probar que el matrimonio es la situación existencial que mayor felicidad puede proporcionar a la generalidad del género humano.

Por lo pronto, ahí está el hecho de que a pesar de tantos fracasos, los jóvenes sueñan con el día en que contraerán matrimonio. Y cuentan los días, los horas y los minutos que les faltan para contraerlo. Y, aún a los que les ha ido mal una vez, reinciden y tratan de probar una nueva vez, porque a pesar de todo creen en el matrimonio. Y todas las alternativas que se han tratado de buscarle, como son las

uniones libres, en definitiva los hombres han encontrado que son mucho más insatisfactorias que el matrimonio.

Mientras los dos son jóvenes y bellos, suena muy bonito eso de una vida en común sin compromisos. Pero cuando las hojas del almanaque van bajando y las arrugas van subiendo, se dan cuenta que el final de ese egoísmos es soledad y esterilidad: sin esposos, sin hijos, sin hogar.

Y ¿por qué el matrimonio es la situación existencial de máxima felicidad? Fácil: porque es una situación de amor total. Porque en él todo el hombre, alma y cuerpo, ama a toda la mujer, alma y cuerpo: porque el deseo es el amor que ama el cuerpo y el cariño el amor que ama el alma. El amor de una madre será más incondicional, pero no es total; ni del hijo, ni del hermano, etc.

Pero si el hombre está hecho para el amor, amor de lo bello y de lo bueno, entonces cuando esté en una situación en la que todo él esté amando y todo él esté siendo amado, se sentirá plenamente realizado y por consiguiente feliz.

El amor es fenomenal

Porque es sumamente curioso lo que sucede con el amor conyugal. Cuando un hombre se enamora de una mujer con este amor total, automáticamente convierte a esa persona en el supremo valor de su vida, lo que más le importa, lo que más significa para él y lo que le da valor a toda su vida. Por eso no concibe la vida sin ella, se le haría insoportable, sin valor y sin sentido. Y con ella todo tiene valor, todo tiene sentido, todo se le hace fácil y soportable: contigo, pan y cebolla.

Ahora bien, cuando este hombre se da cuenta de que su amor está siendo correspondido y siente que esa mujer le ama a él también de una manera total ¿qué está pasando? Que el ser más importante para él, el que más cuenta, el que le da sentido a toda su vida, le está diciendo que él es también para ella el ser más importante, el que más cuenta, el que le da sentido y valor a su vida.

¿Cómo entonces no se va a sentir eufórico y feliz y flotando en una nube, si sabe que el ser más valioso y más importante de la creación para él, le considera a él también el ser más importante y más valioso? ¿No se va a sentir plenamente realizado cuando se da cuenta que el ser que más cuenta para él, no soportaría la vida sin él, porque es él el que le está dando sentido a su vida?

Y sentirse plenamente realizado y sentirse plenamente feliz es lo mismo: un hombre se siente plenamente realizado cuando siente realizados sus deseos más profundos y auténticos y cuando esto sucede el hombre es plenamente feliz.

Por eso este amor es una especie de deificación mutua: el marido es un dios para la esposa y la esposa lo es para el esposo. Y esto es lo que en realidad quiere expresar esa frase tan repetida entre los enamorados: te adoro con toda mi alma. Lo que en realidad están diciendo es: tú eres un dios o una diosa para mí.

De este modo este amor hace realidad el sueño del hombre: ser dios y sentirse dios. Cuando Dios creó el hombre le hizo a su imagen y semejanza; le hizo, por así decir, una edición de bolsillo y en rústica de Sí mismo. Y le puso al frente de la creación, como el dios creado del mundo creado. Y creó también a la mujer e hizo que entre el hombre y la mujer saltara la chispa del amor total para que no sólo fueran dioses, sino que se sintieran dioses.

Por eso el matrimonio es la situación existencial que más felicidad puede proporcionar a la generalidad de los hombres, porque el matrimonio es una estructura creada por el amor total para expresarse y perpetuarse.

Ahora que he dicho esto sobre el matrimonio me siento más tranquilo y libre para decir lo que voy a decir, sin que nadie sospeche de mí que soy un señor aguafiestas y amargado. Al contrario, si lo que pretendo con estas páginas es precisamente el matrimonio sea lo que por su naturaleza está llamado a ser: un manantial perenne de felicidad para los casados.

Porque la pregunta que inevitablemente se plantea es: si el matrimonio es de por sí la situación existencial que mayor felicidad puede proporcionar a los hombres, ¿por qué en tantísimos casos se convierte en la situación existencial que más hace sufrir a los hombres? ¿Dónde está el fallo? ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué en unos casos el matrimonio resulta y son inmensamente felices y en otros no y son tremendamente desgraciados? ¿Se puede prever en el noviazgo qué matrimonio va a ser feliz y cuál no, cuáles van a fracasar y cuáles no?

Yo creo que sí, que se puede prever; yo creo que el matrimonio no es una lotería, sino que nosotros hacemos que sea una lotería, cuestión de suerte, no algo previsto y planeado. Y esto es lo que yo quiero hacer ver en estas páginas: dónde está el fallo fundamental, por qué unos matrimonios funcionan y otros no.

Película de un fracaso

Por eso, para hacer después la anatomía de todos estos fracasos matrimoniales, será bueno describir a grandes rasgos cuál ha sido el proceso que han seguido. Yo creo que con mayores o menores variantes el proceso ha sido éste: durante el noviazgo todo parecía indicar que se amaban profundamente y ellos estaban convencidos de eso; bueno, amarse en realidad les resultaba ya un verbo muy soso; lo de ellos era más bien adoración, era idolatría, era frenesí amoroso.

Y si no, no hay más que recordad su noviazgo; aquellos besos apasionados, de largo metraje, de tornillo; aquellos abrazos, más bien estrujones que, sobre todo el novio, propinaba a la novia, con peligro de asfixiarla o romperle las costillas. Y siempre a todas partes juntos, los dos solos, pegaditos, como el sello y la carta; acariciándose y besándose cada vez que en la conversación había un punto y aparte o simplemente un punto y coma. Y cuando no estaban juntos estaban con el teléfono en la boca, el biberón de los enamorados, hablando de mil cosas insubstanciales, sólo por el gusto de seguir sintiéndose juntos. Y por fin se casan. ¡Al fin solos! Una luna de miel inolvidable. Cómo gozaban, riéndose por cualquier cosa, persiguiéndose por la playa y después cayendo abrazados en la arena en un clinch de película. Pero pasó la luna de miel, empieza la rutina de todos los días y la luna deja de ser de miel para volver a ser un anémico planeta. Y poco a poco los besos no son tan apasionados, ni los abrazos tan apretados, ni las caricias tan ardientes y cada vez tienen menos de vivencia y más de rito.

Y empiezan las palabras fuertes, las faltas de respeto, las peleas seguidas de reconciliaciones y promesas que duran más o menos tiempo. Poco a poco, las reconciliaciones se van convirtiendo más bien en un modus vivendi y en un continuo disimulo. Y en muchos casos el matrimonio se va convirtiendo en una rutina, una especie de contrato tácito en que los dos sólo dan proporcionalmente a lo que reciben. Y naturalmente basta que un día uno de los dos esposos no dé tanto cuanto recibió para que el otro deje de dar y empieza un círculo vicioso en el que los dos no hacen más que reaccionar el uno al otro: el esposo es así, porque la esposa se así y la esposa es así, porque el esposo es así. Y poco a poco el amor se va destruyendo hasta que un día encuentran que son dos huéspedes en un mismo hotel. Y ahora pueden pasar muchas cosas: o que los dos o uno de ellos busque una salida a esa situación en un nuevo matrimonio o que los dos sigan tirando y aguantándose mutuamente, buscando fuera del matrimonio compensaciones de cualquier clase que les ayuden a hacer la vida más llevadera. Se casaron porque no podían vivir el uno sin el otro y ahora su máxima aspiración es ver si pueden vivir el uno con el otro.

Y no he hablado de esos casos más trágicos y no poco frecuentes, que son esos matrimonios en los gritos, los insultos y hasta los golpes son la rutina diaria: es la llegada a las tres de la madrugada, quejas de estar con la otra, son las borracheras, son las recriminaciones continuas. Hasta que un día no pueden aguantar más, porque aquello es puro canibalismo. Y por fin, después de haberse torturado y haberse destruido mutuamente, el uno al otro, después de sufrimientos atroces, de noche sin dormir, de sollozos continuados, viene la separación o el divorcio

Y lo triste es que muchas veces, es sólo uno de los esposos al que le ha tocado sufrir en silencio, mientras el otro hacía su vida sin importarle que estaba construyendo su felicidad sobre los escombros de la felicidad del otro.

¿Dónde estuvo el fallo?

Por de pronto el amor conyugal es la fusión de tres amores en un único amor en diversas dosis según las personas y la etapa del matrimonio amor físico o deseo - amor espiritual o cariño - amor de amistad. Por consiguiente, no estoy diciendo que en el noviazgo no debe haber deseo físico; lo que voy a decir es que con frecuencia sólo existe o casi sólo existe el deseo y que este deseo les hace creer que se aman cuando en realidad sólo o casi sólo se desean.

Esta es para mí la trampa fundamental que da origen a las otras dos trampas. Porque este deseo les hace pensar que tienen mucho en común, cuando en realidad no tienen nada o muy poco; y por último también les hace creer que están pensando, cuando en realidad, sólo están sintiendo; es decir, creen que van al matrimonio después de haberlo pensado bien, cuando en realidad lo único que han hecho es racionalizar su deseo.

Como se ve, estas dos últimas trampas también son decisivas: porque, si los esposos apenas tienen nada en común, es muy difícil que ese matrimonio dure; y si no lo han pensado al hacer la

elección de esposo o esposa, entonces el matrimonio es una verdadera lotería: puede ser que resulte, pero, si resulta, fue por chiripa; e ir al matrimonio a ver si resulta, es algo así como tocar un cable de alta tensión a ver si resulta que no tiene corriente.

Son, pues, tres las trampas fundamentales que yo veo en el noviazgo:

CREER que se aman, cuando en realidad sólo se desean,

CREER que tienen mucho en común cuando quizás apenas tienen nada,

CREER que están pensando, cuando en realidad sólo están sintiendo.

Y el objetivo de estas páginas es analizar por qué son trampas y las consecuencias que traen.

Por de pronto, yo creo que son tres trampas en las que en un grado mayor o menor caen un número enorme de novios; iba a decir todos, aunque no todos en un grado tal que les imposibilite hacer una elección suficientemente madura. Por eso podemos decir que en la boda se casan siempre dos imágenes: la imagen más o menos idealizada que él tiene de ella, con la imagen también más o menos idealizada que ella tiene de él. Es a lo largo del matrimonio, sobre todo en el primer año, cuando van descubriendo quiénes son en realidad, cuando empieza el proceso de casarse o el proceso de divorciarse real o espiritualmente. Porque tanto al casarse como al divorciarse real o espiritualmente no es un acto, es un proceso. Lo que es un acto es el acto jurídico de la boda o del divorcio.

Y las llamo trampas porque la trampa consiste precisamente en hacer creer que no son trampas. Y por eso la persona se confía, baja la guardia y de pronto se encuentra atrapada irremediablemente. Pues bien es contra estas tres trampas contra las que yo quiero prevenir a mis lectores, aunque voy a confesar que soy bastante pesimista en este aspecto. Cuando llega el momento, y una sonrisa cautivadora, unos ojos azules, verdes o castaños, pero seductores y unas formas atractivas y sensuales que aparecen en el horizonte de la vida, ahí mismo la mayor parte se olvida de todas las ideas y consejos, y se dispara un proceso racionalizador en el que el joven o la joven pierde la capacidad de pensar objetivamente. Pero así somos lo hombres: somos capaces de pensar objetivamente excepto cuando más debería interesarnos el pensar objetivamente.

PRIMERA TRAMPA:Creer que se aman cuando sólamente se desean

Como acabo de decir la trampa fundamental en el noviazgo es la de confundir el deseo con el amor: creer que se aman, cuando puede ser que sólo o casi sólo se deseen. El caso es que en realidad resulta muy difícil en la práctica distinguir el amor del deseo.

Porque los dos son amor, en los dos se busca hacer feliz a la persona querida, aun a costa de los mayores sacrificios; en los dos se siente deseo y necesidad profunda de protegerla, de cuidarla. Y el deseo tiene una ventaja sobre el amor: que es más apasionado, suscita emociones más violentas, lo que les hace creer que es más amor. Y, si el deseo hace todo lo que hace el amor y lo hace con más pasión y más emoción, ¿no parecerá que es amor? Y esto es lo que sucede precisamente: el que sólo desea no piensa que sólo desea; él cree que lo suyo es un amor intenso y por eso precisamente, porque es tan intenso, es por lo que él lo siente tanto y le produce tanta emoción y apasionamiento. Lo suyo es, pues, un amor tan fuerte que se siente. Miden la intensidad de su amor por la intensidad de su emoción y no se dan cuenta de que esa pasión y frenesí que sienten viene principalmente producido por el deseo.

Por lo que sobre todo diferencia el amor del deseo no son precisamente las muestras externas, es el motivo por el que se ama. En el amor se ama a la persona querida por **la belleza de su alma**: por su manera de ser, su carácter, su bondad, su ternura, su simpatía, su nobleza, su generosidad, etc. y todo estilo de ser que en el hombre se llama virilidad y en la mujer femineidad.

En cambio en el deseo se ama a la persona por su **belleza corporal**, por su atractivo físico; es una belleza que entra por los sentidos, que emborracha y que por su dinámica natural empuja fuertemente a la unión sexual, con lo que adquiere toda la fuerza primitiva que tienen los instintos y aquí en concreto, el instinto de la propagación de la especie.

Esto es lo que hace que el deseo sea tan violento, tan apasionado, y que busque expresarse en abrazos, besos, caricias frenéticas, que no son más que maneras de tratar de poseer el cuerpo del otro, que son los preliminares y conatos de la unión sexual a la que les está empujando el instinto de la propagación de la especie. El deseo, pues, nace del cuerpo, se dirige a otro cuerpo y se siente en el cuerpo. Por eso es tan intenso: porque entra por todos los sentidos a la vez. Y precisamente la intensidad de esta atracción que sienten lo que les hace creer a los jóvenes que se aman intensamente, cuando por eso sólo deberían decir que se desean intensamente.

En cambio el amor, como es un amor que se funda en la belleza del alma no es un amor que entra por los sentidos y por eso es un sentimiento menos explosivo y violento, pero es más profundo, más satisfactorio, más reconfortante. Es un embelesamiento, un sentimiento que está hecho de ternura, admiración, devoción, confianza, respeto e identificación con la persona querida.

Por eso no existe el amor a primera vista: lo que existe es el deseo a primera vista, el flechazo. No se cae en el amor, se cae en el deseo. El amor es algo que va surgiendo poco a poco, que se va construyendo paulatinamente con el trato de la persona querida. Se va uno identificando y sintonizando con ella. De aquí que este amor tenga mucho de amor de amistad, en el que uno se identifica con los deseos, con las ideas, los intereses del otro; es una especie de parentesco y hermandad psíquica.

Pero todas estas diferencias son en teoría sólamente, cuando el amor y el deseo son sometidos a una disección y análisis de laboratorio; pero en la realidad estas diferencias desaparecen y amor y deseo se confunden. También el deseo puede ser tierno, considerado, sacrificado, etc., como hemos dicho y como vamos a ver enseguida. La diferencia no está en el presente, está en el futuro: porque el deseo pasa y al pasar, todas esas características pasarán; pero el amor no pasa. Lo malo de todo esto es que para cuando se van a dar cuenta de que no era amor, ya es tarde: ya están casados.

¿Por qué pasa el deseo?

Muy sencillo: el deseo pasa porque se funda en la belleza física, mejor todavía, en el atractivo físico y éste más tarde o más temprano va a disminuir y va a ser interior a otros atractivos de otras bellezas que por ser diferentes van a tener una ventaja insuperable en la lucha por la supervivencia; y eso, aún cuando se conservase la belleza en toda su lozanía; que no va a suceder.

Pero, nótese bien, me estoy refiriendo al caso de dos novios entre los que sólamente existe este deseo, y, si existe algo de amor, éste es débil y sólo se da en dosis reducidas. Porque, cuando existe además del deseo, verdadero amor, este amor redunda sobre el deseo y lo mantiene vivo, porque al fin y

al cabo el que ama, ama a la persona tal cual es y la ternura que siente por ella, recae sobre el cuerpo y lo transfigura.

Y a la inversa esto mismo sucede con el deseo que también es capaz de tapar y disimular la fealdad psíquica de la persona. Cuando un joven desea ardientemente a una joven, por su atractivo sexual, aguanta sus desplantes, perdona su egoísmo e irresponsabilidad, satisface sus caprichos y soporta su carácter colérico y sus malas crianzas. ¡Pero es que es tan linda...!

Pero cuando sólo o casi sólo existe el deseo, ¿qué sucede? Los dos jóvenes se casa; al principio, los primeros meses y aun los primeros años, todo marcha sobre ruedas, esa atracción que sienten mutuamente sigue pujante y avasalladora. Pero ya desde la primera noche de bodas se ha iniciado el proceso de desgaste: la mujer se convierte en el plato de todos los días y plato único, y en la variedad está el gusto; se va produciendo cierto grado de embotamiento. Esto nos sucede con todas la cosas que hemos deseado, por muy ardientemente que las hayamos deseado.

No es la misma impresión y excitación sexual que siente la pareja los primeros días, que la que siente al cabo de unos meses o al cabo de algunos años. Durante la luna de miel no salían de la habitación del hotel ni para comer y sólo vivían el uno para el otro entre caricias, abrazos y besos; eran insaciables. Al cabo de cierto tiempo, no mucho, ese continuo besuqueo y caricias les resultarían empalagosos.

A esto se añade un segundo factor: el tiempo. La mujer va perdiendo la juventud y perdiendo aquella frescura y gracilidad que da la juventud y que hacía parecer su piel de porcelana. El calendario es implacable y llega una etapa en la que cada vez tiene que pasar más tiempo delante del espejo en trabajo de reconstrucción facial, y en el gimnasio en trabajo de demolición periférica.

Añádase a esto que el marido ve a la mujer las veinticuatro horas del día, muchas veces en chancletas y bata, y en las situaciones menos halagadoras para la mujer, y las más desexualizantes.

No es como el ejecutivo, que ve siempre a la secretaria como una maniquí de alta costura y con cara de “covergirl” de la revista Cosmopolitan. Y como conocía él a su esposa cuando eran novios.

Y por si esto fuera poco, está el hecho de que continuamente siguen saliendo al mercado nuevas cosecha de mujeres que son, o más atractivas, o tan atractivas o menos atractivas, pero que son diferentes; que son carne fresca y, con frecuencia, bastante barata: a precios de “rebaja de verano”.

Entonces, ¿qué va a suceder con una pareja en la que por lo menos uno de ellos se casó única o principalmente por el atractivo físico y sexual, cuando ya sólo lo obtengan con cartilla de racionamiento y haya otras - u otros - que se lo brinden en cantidades industriales? Sencillamente, lo que tiene que pasar: que se sienten atrapados. Se metieron en aquel matrimonio exclusiva o principalmente por una razón: que se atraían intensamente, que se gustaban, que se deseaban. Eran como una droga el uno para el otro, y pensaban que no podían vivir el uno sin el otro; como el drogadicto que piensa que no puede vivir sin la droga. Pero sencillamente la droga perdió su fuerza o el cuerpo ya no reacciona, y ahora necesitan otra droga más potente. Dejaron de gustarse y se sienten condenados a vivir en una estructura que los aprisiona y asfixia, y les está pidiendo que busquen nuevas drogas.

Y naturalmente, se sienten terriblemente vacíos y frustrados; como quien vendió todo lo que tenía para comprar unos terrenos petrolíferos y lo único que encuentra es arena y piedras: un desierto. Y empiezan a culparse mutuamente de su situación y descargan su frustración el uno sobre el otro. Y luego, también vienen las peleas, los insultos, la hostilidad y las quejas, y hasta los golpes, que no son más que el desahogo del que se siente atrapado en una estructura matrimonial que lo asfixia, en una camisa de fuerza que lo agarrota. Y en el mejor de los casos aguantándose civilizadamente en la indiferencia y el aburrimiento más espantoso: dos soledades coexistiendo bajo el mismo techo, soportándose mutuamente a fuerza de bostezos.

Con lo cual junto a los tres factores surge un cuarto factor que contribuye enormemente a este desgaste del deseo. Porque esta hostilidad y rencor mutuos actúan como un acelerador de la dinámica auto-destructiva del deseo. Porque, ¿cómo van a tener humor para tener unas relaciones sexuales realmente significativas y satisfactorias dos personas que se odian, o por lo menos se aburren mutuamente? Y así se han metido en un círculo vicioso: como se odian o se resultan indiferentes, no tienen relaciones sexuales; y como no tienen relaciones sexuales y, si las tienen, no son significativas, se sienten frustrados y su hostilidad aumenta.

Aquí también sucede, sólo al revés, lo que decíamos más arriba: la fealdad psíquica también revierte sobre el cuerpo y lo desfigura y lo hace menos deseable.

Esto último lo digo porque los jóvenes, cuando son novios y sienten avasalladoramente la fuerza del deseo y piensan en los placeres que les esperan, creen también que estos placeres son tan grandes que van a ser suficientes para compensarles todos lo problemas y dificultades que en su vida matrimonial puedan encontrar el uno con el otro. ¡Otra de tantas ilusiones! Yo, a todos esos que piensan así, tan sólo les voy a dar una razón que creo que tumba esas ilusiones: si el sexo fuera suficiente para compensar todos los problemas que van a experimentar en el matrimonio y por falta de un amor auténtico, no habría ningún matrimonio desgraciado. Porque todos lo matrimonios tienen el sexo a su disposición cuántas veces quieran: ¡ahí está la cama! Y, sin embargo, llega un momento en que ese matrimonio revienta porque ya no se aguantan más.

Y revienta aunque estén los dos todavía en la plenitud de su belleza. Ahí están todos esos artistas de Hollywood y de otras partes, casados con esas estrellas de espectacular belleza y cuerpos monumentales, que tantos hombres que las ven la pantalla desde la oscuridad su asiento secretamente desean; y al poco tiempo las columnas de chismes de los periódicos o revistas nos enteran que se están divorciando porque el marido casi desde el día en que se casaron anda correteando y revoloteando de flor en flor. Y algo por el estilo sucede con ellas, que cambian de marido como cambian de traje y tienen tres, cuatro y hasta siete maridos, sin contar los amantes que tuvieron entre uno y otro o simultáneamente con uno y otro: suficientes para poder formar con ellos una división del ejercito nacional.

Y son regocijantes, por no decir otra cosa, las declaraciones que hacen cada vez que una de estas estrellas de cine y TV cambian de marido o de esposa: “Ahora sí que he encontrado el verdadero amor de mi vida” que es exactamente lo que dijeron cuando se casaron con el anterior marido o lo que repetirán cuando se casen con el sexto marido o la sexta mujer.

Y, como dije, todavía están en plena belleza y lozanía, porque hoy día con la cirugía plástica y con tanta crema y make-up como existe, el cuerpo aguanta que es una barbaridad. ¿qué va a suceder si lo que llevó a los esposo fue sólo el deseo provocado por el atractivo físico, cuando la belleza sobre todo la de la mujer vaya quedando sepultada bajo las hojas del almanaque, cuandos las cremas y ungüentos de Clairol, Max-Factor, Myrurgia y Revlon combinados sean impotentes para tapar las arrugas, patas de gallo, o disimular la celulitis de la piel y las venas varicosas de las piernas?

Y esta etapa llegará, pena de la vida. Los novios siempre se imagina eternamente bellos y eternamente jóvenes como un Romeo y una Julieta inmortales. No se dan cuenta que hasta Romeo y Julieta se hubieran convertido un día el señor Romeo y la señora Julieta, él un señor con reuma y que ronca, y ella con várices y menopáusica.

Y conste que esto lo digo no con una actitud cínica y con ánimo de incordiar, sino porque esto es una realidad que está sucediendo todos los días, y que los novios rehuyen enfrentar, en cambio, cuando hay auténtico amor, el marido sigue amando a la mujer con celulitis y arrugas y hasta menopáusica y la mujer a su marido reumático y calvo y hasta sus ronquidos le suenan a una sinfonía.

Ingenuidad tiene nombre de mujer

De aquí que son una ingenuas de campeonato, todas esas muchachas que piensan que acostarse con el novio es la mejor manera de conservarle y casarse con él. Generalmente usan esta táctica muchachas inseguras, que se creen o en realidad son poco atractivas, o, poe lo que sea, tienen una pobre imagen de sí mismas. Y por encima de todo no quieren quedarse solteras al precio que sea. Y esas relaciones sexuales son como los caramelos que se dan a los niños para que no se vayan y tenerlos contentos.

Y de paso también todos esos besos y caricias que reciben durante las relaciones sexuales les crean la ilusión de sentirse atractivas o sentirse amadas y les disipan, aunque sea por poco tiempo, esa inseguridad que sienten.

Pues bien vamos a suponer que consigan casarse con el novio, ¿cuánto tiempo pasará hasta que se encuentren divorciadas? Porque, sin un joven sólo se mantenía junto a una joven por el sexo que le ofrecía, cuando este ya no le satisfaga y sabemos que llegará el momento en que así sea ¿qué es lo que va a suceder? No es difícil de predecir: una joven que sólo logra atraer a un joven a base de sexo es una divorciada segura.

Y esto, si logra casarse, que lo mas probable es que no lo logre. Porque lo que sucederás más probablemente es que el muchacho después de haberse aprovechado de ella, cuando ya no le interese más, levante el vuelo y se pierda de vista. Porque el muchacho, si no es tonto, se tiene que dar cuenta del chantaje sexual al que está siendo sometido: matrimonio a cambio de sexo.

Pero ¿quién va a respetar y casarse con una mujer que el hombre sabe que le está chantajeando y lo que es peor no se respeta a sí misma, porque aunque esto parezca fuerte, en el fondo tiene alma de prostituta? Porque prostitución no es ofrecer sexo como expresión del amor, sino como

medio para obtener dinero u otros favores y beneficios. Esto es lo que me hace pensar que ningún joven que valga la pena se va a casar con ella y el que se case, que será un aprovechado y explotador, la abandonará cuando deje de interesarle.

Pero el amor no pasa nunca

Esto es lo que sucede con el deseo: pero ¿qué sucede con el amor? Que el amor sigue, y sigue, y sigue... ¿Por qué? Muy sencillo, y ya lo dijimos: el amor se funda sobre la belleza del alma: pero la belleza del alma puede durar indefinidamente y siempre es joven. Porque la belleza del alma es la conducta, es la manera de ser y de actuar de una persona; se expresa, pues, y se refleja en las acciones. Pero las acciones son siempre distintas, son siempre nuevas, porque son siempre distintas las circunstancias en que se realizan. Son esos continuos actos de ternura, de cariño, de devoción, de desinterés y de comprensión, etc., etc., que mantienen continuamente embelesado al otro.

Por eso mientras esta belleza del alma continúe y siga expresándose en esas acciones externas que la revelan, este tipo de amor puede continuar y continuará. Un alma noble, cariñosa, comprensiva, bondadosa, siempre atrae, no importa los años que tenga. Las almas no tienen edad, ni les salen arrugas. Pudiéramos, pues, decir que amar es envejecer juntos. Tenía razón San Pablo cuando decía: "El amor no pasa nunca", porque la belleza del alma no está sometida al calendario.

En definitiva, que el amor depende el alma y el deseo del almanaque. Por eso el primero durará lo que dure el alma y al segundo cada hoja del almanaque que se desprende lo enterrará un poquito más.

Tres criterios que no funcionan

Por lo que hemos dicho, es evidente que es de una importancia decisiva para que un matrimonio pueda ser feliz y duradero y no termine trágicamente, que no se fundamente sólo en el deseo sino que sea también el resultado de un auténtico amor. Sólo así puede haber garantías fundadas de que ese matrimonio va a ser lo que Dios planeó que fuese: una continuada experiencia enriquecedora y la situación existencial que mayor felicidad puede proporcionarle a un ser humano.

Por eso, si hay algo que a los novios les debería interesar averiguar es el saber si realmente se aman o sólo se desean porque a esa carta se están jugando su matrimonio y su felicidad. Pero es aquí donde está precisamente el problema: que todos los novios cuando se casan están plenamente seguros de que se aman; y los más seguros son precisamente los que más se desean, aunque sólo se deseen; porque son los que sienten una pasión más arrebatadora.

Y es que los tres criterios fundamentales que usan para saber si realmente se aman o no, son tres criterios falsos y equivocados y que, por consiguiente, no indican ni mucho menos si realmente se aman o no; y por eso mismo se convierten en otras tres trampas dentro de esta primera trampa en las que caen incautamente. Estos tres criterios fundamentales son: la pasión que sienten el uno por el otro, los sacrificios que hacen o están dispuestos a hacer el uno por el otro, y el comportamiento del uno con el otro, lleno de ternura, consideración y cariño. Vamos a ver por qué ninguno de los tres es decisivo ni muchísimo menos, y por consiguiente por ellos solos no se puede averiguar si hay amor o sólo deseo.

A) Primer Criterio:¡Pero cómo me ama!

Es my comprensible que los novios midan la intensidad de su amor por la intensidad de su pasión; porque es tal la emoción que sienten y la atracción que les arrastra el uno hacia el otro, es tan urgente y violento el impulso de abrazarse, besarse, acariciarse, y se les hace tan impensable la vida el uno sin el otro, que ni por un momento pueden dudar de que lo suyo es un verdadero y auténtico amor. Y es inútil decirles que quizás no lo sea; que quizás sólo haya deseo por parte de uno o de los dos. Lo suyo, de eso sí que están seguros, es amor; antes dudarían de que el sol nos alumbra.

Porque, cuando el muchacho siente la urgencia incontenible de abrazar a la muchacha, de acariciarla, de estrujarla entre sus brazos, devorarla a besos, está pensando para sí: ¡pero cómo la amo! ¡Estoy loco por ella! Y lo mismo la muchacha: cuando siente las caricias apasionadas de su novio, su respirar jadeante, sus besos interminables, sus abrazos aplastándola contra su cuerpo, se siente en el paraíso y también se extasía pensando: pero ¡cómo me ama!¡Está loco por mí!

¿De veras?... Pero la realidad es que todas esas expresiones de afecto, esas caricias, abrazos y besos, no son de por sí señal de amor y cariño. También un hombre que se acuesta con una prostituta, la abraza, la besa, la acaricia, etc. y nadie puede decir que la ama. Si así fuera, tendríamos que concluir que las prostitutas son las mujeres más queridas y amadas: los hombres hacen cola, y encima pagan por amarlas. Porque todas esas caricias, abrazos y besos, salen del cuerpo y se dirigen al cuerpo; no son más que el lenguaje del deseo, su expresión. Y puede haber además amor, o no haberlo, como en el caso de las prostitutas y otros tantos.

Además, todas esas caricias le producen al hombre un intenso placer sexual y más cuando se trata de dos novios que se atraen intensamente. En realidad, muchas veces no es más que masturbación entre dos, que les resulta mucho más satisfactoria que la obtenida solitariamente. No es la misma ni mucho menos, la reacción que siente una madre cuando abraza, se come a besos, y acaricia a su hijo, que la que siente un novio cuando hace lo mismo con la novia; o la que siente el hijo al abrazar y besar a la madre. Aquí no hay ninguna reacción sexual; es realmente una expresión de cariño.

Esos abrazos, caricias y besos entre novios, por muy apasionados que sean, no son de por sí señal de amor sino de deseo; más aún, cuanto más apasionados son, más es el deseo que demuestran. Por lo tanto, de eso solamente, no se puede deducir que se aman. Y sin embargo, este apasionamiento es lo que les hace a tantos novios y tantas novias exclamar: ¡cómo nos amamos! o ¡cómo me ama!, cuando en realidad, deberían decir: ¡cómo nos deseamos! o ¡cómo me desea! Y ya hemos visto lo que sucede cuando sólo existe el deseo.

Y hay un dato más que viene a confirmar esto que acabo de decir, de una manera contundente: en muchas diócesis católicas de Estados Unidos las estadísticas daban que de los matrimonios de los "teenagers", el cincuenta por ciento, es decir la mitad, se había divorciado antes de los dos años de casados. No estoy hablando de 15 ó 20 años de casados, sino de DOS años. Y se puede conjeturar, con una gran probabilidad de certeza, que otro gran número se divorcia en los años siguientes. Podemos, pues, decir que los matrimonios de los "teenagers", en su inmensa mayoría, terminan en divorcio. Y ¿por qué se casaron? Porque creían que se querían tanto y tanto, que no podían vivir el uno sin la otra...; y antes de dos años no podían vivir el uno con la otra.

Esto también viene a confirmar lo que decíamos más arriba: que el sexo no basta para mantener unidos a los matrimonios y no compensa por todos lo problemas y sinsabores que pueden surgir en la vida matrimonial. Ahí lo tenemos: divorciándose a los 20 ó 21 años. Y no vamos a decir que a los 20 años, un joven o una joven ha perdido su juventud y su belleza. Y tampoco que no se deseaban: precisamente, porque tenían una prisa enorme de ir a la cama, se casaron tan jóvenes. Pero a pesar de que todavía están en plena juventud y belleza, ya no aguantan. Creo que esto es contundente. El sexo solo no basta para mantener unido un matrimonio.

Pero, ¡dígasele a unos novios, en pleno idilio y éxtasis amoroso, que lo que ellos sienten a lo mejor no es amor; es sólo una enfatuación y enamoramiento de origen físico y sexual con sobretonos psíquicos...! Lo fulminan a uno con la mirada y lo menos que piensas es que uno es un viejo trasnochado y aguafiestas, con el que no vale la pena seguir perdiendo el tiempo, porque, decididamente, lo que es de amor y cariño no entiende ni jota. El caso es que al cabo de cierto tiempo de casados, - unos antes, otros después - casi siempre resulta que el aguafiestas tenía razón.

B) Segundo Criterio:¡Se sacrifica tanto por mí...!

Pero ¿y los sacrificios? Porque siempre se ha dicho que la mayor muestra de amor es la de sacrificarse por la persona querida y cuanto mayores sean los sacrificios, mayor es el amor. Esto de los sacrificios es otro de los argumentos "decisivos" que suelen usar muchos enamorados para probar la autenticidad de su amor. "Es que no son sólo sus caricias y besos apasionados; es que no sabe usted los tremendos sacrificios que mi novio o mi novia tiene que hacer para seguir fiel a mi amor". Y empieza a contarte que si en su casa sus padres se oponen y le están haciendo la vida insoportable y hasta han amenazado con desheredarle - o algo por el estilo -; o que antes era un mal estudiante y ahora apenas si prueba licor, y cuando lo prueba es por señas; o los sacrificios de tiempo y de dinero que tiene que hacer para venir a verme porque vivimos muy diferente, etc., etc. ¿Y no es esto señal inequívoca de amor?

Pues bien, ésta es la otra trampa más sutil y por lo mismo más difícil de descubrir. Porque una cosa es que el amor conlleve sacrificios y se exprese en ellos, y otra cosa que los sacrificios sean siempre expresión de amor. ¡Ni mucho menos! Porque también nos sacrificamos, ¡y de qué manera!, por aquello que deseamos. Si yo estoy en un desierto, deshidratado y muriéndome de sed y alguien me ofrece una cantimplora de agua fresca a cambio de un millón de dólares que yo tengo en joyas, yo sacrifico el millón de dólares a cambio de la cantimplora. Si el agua tuviese conciencia podría exclamar:

¡Pero cómo me quiere! ¡Ha sacrificado por mí un millón de dólares! Pero... si yo no tuviera sed, ¿cuánto estaría dispuesto a sacrificar?

Lo estamos viendo todos los días: ¡qué enormes sacrificios hacen los hombres para conseguir las cosas! Alguien quiere conseguir un televisor a color último modelo, o un automóvil, o lo que sea... empieza a trabajar horas extras, se sacrifica en la comida, en las diversiones, etc., etc., Y no vamos a decir que ama el televisor o el automóvil, porque a las cosas no se las ama, sólo se las desea. Eso sí, mientras tiene el televisor o el auto, lo cuida, gasta en reparaciones lo que sea preciso, pero si tiene la oportunidad de conseguir uno mejor, lo vende o lo cambia, o lo regala. Porque no lo quiere por ellos mismos, por ser "este" televisor concreto, o "este" auto concreto, sino por ser un televisor o un auto; y por eso, cuando encuentra un televisor que es mejor televisor, o auto que es mejor auto, lo cambia.

Pues bien, esto también sucede con el deseo físico. Un joven que desea ardientemente a una joven, y viceversa; que la ve como una fuente inagotable de placeres mucho más intensos que los que puede proporcionarle un carro o un televisor a colores, o cualquier otro capricho quiere conseguirla y por lograrlo es capaz de hacer sacrificios increíbles. No se olvide que el deseo sexual es uno de los deseos más grandes que existen.

Por eso, esos sacrificios no significan necesariamente, ni muchísimo menos, que ame a "esta" mujer, individual y concreta, con estas cualidades, con esta manera de ser, con este carácter en lo que consiste propiamente el amor, sino que haría esos mismos sacrificios, aunque sólo la desease.

Es decir, no es precisamente que quiera a "esta" mujer, sino que puede ser que sólo quiera a "la mujer" que hay en "esta" mujer; puede ser que no la quiera en cuanto persona, sino que sólo la quiera en cuanto mujer. Y cuando se encuentra a otra mujer que es más mujer, porque es más atractiva o más joven, o sencillamente porque es diferente - y por eso atrae más, excita más, gusta más -, la cambia por la otra.

Lo mismo que digo del hombre respecto a la mujer, digo de la mujer respecto al hombre; aunque de ordinario la mujer se fija más en la personalidad del varón que en su atractivo físico, aunque hay muchas jóvenes en las que éste es el valor determinante. Nada más hay que ver cómo se pelean por conquistar al guapo del grupo, o de la clase, o del barrio, o de la facultad; y la que se lo lleva se siente tan feliz como si hubiera ganado el concurso de "Miss Universo". Y no le importa que sea un mujeriego, un vago, un irresponsable o un aprendiz de borracho... ¡es tan guapo! Y con esta exclamación le dan absolución general de todos sus pecados, aun sin arrepentimiento.

Cada vez más la belleza física masculina se va convirtiendo en el factor decisivo en el enamoramiento de muchas muchachas. Son increíbles las epidemias de histerismo y de desmayos que provoca el cantante guapo de turno.

Resumiendo, que tampoco los sacrificios por grandes que sean son señal segura de amor, porque también el deseo, sobre todo si es vehemente, está dispuesto a hacer esos sacrificios. Pero es muy difícil que un novio o novia que están viendo los sacrificios enormes que están haciendo el uno por el otro se persuadan de que, a pesar de todo, puede ser que no se amen.

C) Tercer Criterio:Pero es tan cariñoso y galante...

Y con esto entramos en el tercero de los criterios que usan los novios para conocer si realmente se aman o sólo se desean, y que quizás sea el más engañoso y sutil. Porque les hace creer que lo suyo es un enamoramiento espiritual y no sólo físico, porque sienten que no es sólo deseo físico lo que sienten, sino que también están enamorados de su manera de ser, de su belleza espiritual.

¡Es tan cariñoso, tan considerado, tan delicado y caballero! ¡Me trata bien! ¡Es un cielo...! exclama la novia. Y por su parte, el novio piensa lo mismo de la novia:¡Es tan femenina, tan complaciente, tan dulce! ¡Me hace sentir como un rey! ¡Es una joya!... Y naturalmente, ante esta belleza espiritual, surge en él y en ella un verdadero enamoramiento. Y ya no es sólo el deseo físico lo que hay entre los dos; es amor, verdadero amor lo que sienten el uno por el otro. Por eso tienen razón muchas veces cuando dicen que están "verdaderamente enamorados", que lo suyo no es sólo deseo físico. Y no lo es.

Pero de lo que no se dan cuenta - y aquí está la trampa -, es que se pueden estar enamorando de una imagen y no de una realidad. No se está enamorando él de ella o ella de él: se están enamorando de la imagen que él y ella están proyectando en una situación dada producida por el deseo y enamoramiento que tienen.

Porque no es que "son" espiritualmente bellos, es que "están" siendo espiritualmente bellos. Y no es lo mismo "ser" que "estar siendo"; como no es lo mismo ser una persona triste, que estar triste; ser un amargado o estar amargado. En el primer caso, es una forma de ser, una especie de naturaleza que permanece. En el segundo, es algo pasajero; algo que viene producido por una causa pasajera y cuando pase la causa, pasará el efecto. Es el caso de la persona a la que se le murió la madre: mientras dure el recuerdo y la impresión, estará triste, pero poco a poco la impresión se va desvaneciendo y deja de estar triste. Recordará que estuvo triste, pero ya no lo está.

Esto es lo que puede pasar en el noviazgo y, lo que es peor, continuamente pasa: es que muchas veces los novios son tan cariñosos, tiernos, solícitos, etc., en realidad no lo "son", sólamente lo "están siendo". Y lo están siendo bajo el influjo del deseo. Es una belleza pasajera, cuando pase el deseo pasará ella.

Porque ésta es también una característica del deseo, del enamoramiento que produce la belleza física: que cambia la manera de ser del que se enamora, del que se siente atraído por esa belleza física. Les hace espiritualmente bellos: considerados, atentos, serviciales, pacientes, generosos y cariñosos con la persona de la que están enamorados, aunque sólo sea físicamente ¡Belleza del alma instantánea! Y sino ¿qué varón ante una bella mujer no se vuelve galante, servicial, generoso, simpático y hasta ocurrente? Y algo parecido le pasa a la muchacha ante un tronco de muchacho.

Aunque sea en un plano más superficial y pasajero, hay que ver lo que sucede cuando una mujer bella y despampanante entra en un comercio: todo el personal masculino se moviliza instantáneamente para atenderla. Y ¡qué servicialidad, qué sonrisas, qué cordialidad! No importa que en una tienda de zapatos, la señora o señorita se haya probado la mitad de los zapatos de la tienda...; el dependiente sigue sonriendo y sigue vaciando cajas y más cajas de zapatos que parece que están de inventario o liquidación de existencias.

Y es el mismo señor que lo mejor tiene un genio inaguantable en su casa, y no tolera que su señora estornude sin su permiso. Ahí lo tenemos: la belleza de la mujer ha modificado instantáneamente su carácter; se ha hecho paciente, atento, servicial y hasta meloso. Embellecimiento instantáneo del carácter. Y estoy seguro que la señora saldrá encantada con aquel dependiente. Y, por supuesto, también una joven bonita y sexy encuentra fácilmente colocación de secretaria; aunque escriba a máquina con un sólo dedo y escriba bruto con v y alma con h.

Este mismo cambio de carácter, pero en un plano más duradero y profundo, se puede producir cuando un deseo es más duradero y suficientemente profundo. Supongamos que un muchacho es vago, irresponsable, mujeriego y borracho..., pero es un fanático de los autos, y quiere tener un auto propio. Como no tiene dinero, se pone a trabajar, deja de beber y mujerear porque tiene que ahorrar. Todo el mundo que lo ve ahora se queda pasmado ante el cambio tan asombroso que ha dado: trabajador, responsable, serio... ¡es otro! Pero consigue el automóvil y ¿qué sucede? Sucede que, si antes era un sinvergüenza peatón, ahora es un sinvergüenza motorizado, porque desapareció la causa que lo había hecho cambiar.

Por supuesto que cuidará el auto, lo mimará mientras no tenga la oportunidad de conseguir otro auto mejor; pero, en el momento que pueda conseguir otro automóvil mejor o más nuevo, sencillamente cambiará o venderá el que tiene. Porque él no quería precisamente "este" automóvil concreto y singular; quería "un" automóvil... y cuando otro automóvil satisface mejor su deseo porque es más automóvil o es más nuevo, lo cambia.

Lo que sucedió cuando él cambió no es que él "era" trabajador, responsable y serio, sino que "estaba siendo" trabajador, responsable y serio para obtener lo que quería... y lo siguió siendo mientras le duró ese deseo.

¿Son o están siendo?

Pues bien, todos sabemos la fuerza tremenda del deseo entre los novios, entonces ¿qué extraño es que bajo la fuerza de este deseo el novio y la novia cambien y si no lo eran, ahora sean cariñosos, delicados, comprensivos el uno con el otro? Lo raro sería lo contrario. ¿Quién no es cariñoso, tierno, complaciente con alguien que le gusta intensamente y al que quiere conquistar?

Entonces es lógico que surja en el otro ante esta belleza espiritual un verdadero y auténtico cariño y amor porque hemos dicho que este tipo de amor conyugal se funda en la belleza espiritual de la persona, y es la reacción que produce esta belleza. Y por eso, como dijimos, los novios sienten que están verdaderamente enamorados, que lo suyo es cariñó además de deseo. Porque te dicen que no es sólo el tipo físico de su novio o novia lo que les atrae, es también su manera de ser, su personalidad, su carácter, la manera como las trata. Y ésto acaba por convencerles de una manera que ellos consideran irrefutable que verdaderamente se aman y eso apoyándose en lo mismo que hemos dicho: que el amor

viene producido por la belleza del alma.

Pero lo que no realizan es que, como dije, están enamorados de una imagen, no de una persona real y que esa imagen desaparecerá cuando desaparezca el enamoramiento y el deseo que la produce. También el beduino deshidratado y sediento, cuando ve en el medio del desierto un oasis con un manantial de agua pura y fresca corriendo entre las palmas, se llena de euforia y alegría hasta que al acercarse ve que sólo era un espejismo. Y ahí mismo toda su euforia se derrumba, porque estaba fundada sobre una imagen y no una realidad, y sólo encuentra la aridez del desierto.

Y estos también van a encontrar la aridez del desierto: porque cuando pase el deseo, aparecerán como son en realidad: egoístas, irresponsables, violentos, caprichosos, explotadores,... El enamoramiento pasa, el carácter queda.

Porque el carácter es la manera permanente de ser de una persona y, lo que una persona es, acaba por imponerse siempre, cuando desaparecen las razones que la estaban haciendo ser de otra manera contraria a como realmente es ella. Y si él es egoísta, violento, bebedor, enamoradizo, volverá a serlo. Y si ella es caprichosa, dominante, posesiva, vaga, volverá también a ser eso.

Y es entonces cuando empiezan los insultos y empiezan las riñas y empieza primero el distanciamiento y después el rencor, la hostilidad y el odio; no se aguantan, no se soportan, se odian visceralmente.

¡Cuántas veces se oye decir a la esposa: si cuando éramos novios él era tan atento, tan delicado, tan caballero, y ahora...! Y algo por el estilo puede decir el esposo de la esposa: ¡ella era tan complaciente, tan femenina, tan dulce y ahora... no hay quien la aguante! Si no fuera tan trágico se podría decir de estos matrimonios lo que alguien ha dicho: “En el noviazgo habla él y escucha ella; los primeros meses de casados habla ella y escucha él; al cabo de un año, hablan los dos y escuchan los vecinos”.

Una razón más para equivocarse

Ya este enamoramiento del que estamos hablando es razón más que suficiente para que los novios durante el noviazgo no aparezcan tales cuales en realidad son. Pero existe además otra razón también muy decisiva que impide que los novios se muestren como en realidad son: la falta de ocasiones en la que un hombre realmente se muestra tal cual es.

Se suele decir y con mucha razón que a los hombres se les conoce en las ocasiones; es decir, en los momentos de tensión, de fracaso, de frustración, de crisis. La resistencia de una viga se mide por las grandes cargas que es capaz de soportar sin romperse, no por las cargas livianas.

Pero las verdaderas tensiones, las frustraciones más intensas y las crisis más fuertes no se dan de ordinario en el noviazgo, se dan en el matrimonio. Porque lo que produce las tensiones es la convivencia. Y en el noviazgo propiamente no se convive: siguen siendo fundamentalmente dos vidas distintas, porque los dos viven en casa de sus padres y son los problemas de su familia y la convivencia con ellos lo que les afectan. El novio y la novia prácticamente sólo se ven para hacer cosas agradables: ir al cine, ir a la playa, a bailar, de paseo con los amigos, es decir, todas cosas agradables. ¿Y quién no es agradable cuando está haciendo cosas agradables? Y ¿qué problemas serios pueden surgir en esos momentos? Serán de ordinario problemas pequeños: si ir a tal película, o tal otra; si a tal sitio o a tal otro... Problemas menores que además con el enamoramiento que sienten se los hace fáciles y suaves de superar.

Va a ser después en el matrimonio donde van a surgir las tensiones y roces: que si a él le gusta quedarse en casa viendo TV con un vaso de cerveza en la mano y ella prefiere salir y visitar a los amigos; si a ella le gusta este programa de TV y a él le revienta; si él quiere dormir con la ventana abierta y ella cerrada; si al dormir él ronca o ella silba. Las ocasiones de roce son innumerables y estoy señalando sólo las más triviales. Quedan los problemas económicos, de las respectivas familias, de los hijos, de la profesión, que son fuente de profundas divergencias.

En el noviazgo en cambio no se da ninguno de estos problemas o si se dan, se dan en dosis mínimas: hasta probablemente la novia ignora, si el novio ronca. Por estas dos razones que he apuntado: que en el noviazgo faltan ocasiones reales de tensión y por el contrario sólo se juntan para hacer cosas agradables, es por lo que los novios de nuevo se pueden engañar y creer que los dos tienen un carácter maravilloso y complaciente, hasta que un día encuentran que trágicamente se equivocaron.

Pero, ¿es que son los mismos?

Y para confirmar esto que acabo de decir se podría hacer una película de cada uno de esos matrimonios que acabaron devorándose mutuamente.

Y constaría nada más de dos partes:

Primera parte: “Cuando éramos novios”. Y allí en la pantalla aparecerían los dos sentados en un sofá, arrullándose, acariciándose, besándose, diciéndose mil palabras tiernas y cariñosas, pegaditos y sorbiéndose el uno al otro con la mirada.

Y en la *segunda parte*: - sin transición alguna, meramente yuxtapuesta -, la misma pareja gritándose, insultándose, amenazándose y quizás hasta golpeándose; y en el mejor de los casos los dos aburriéndose juntos, aguantándose mutuamente, coexistiendo y no conviviendo. Se acabó la magia, se acabó el romance, se acabaron los besos apasionados.

Y son los mismos: los mismos que antes se acariciaban y ahora se sacuden, los mismos que antes se besaban y ahora se muerden; los mismos que antes se abrazaban y ahora se estrangulan. Si durante el noviazgo alguien les hubiera dicho que iba a pasar esto, ¿le hubieran creído? ¡No! Le hubieran estrangulado. Y sin embargo, se veía venir.

Y estaban siendo sinceros

Y noten que no estoy diciendo que cuando en el noviazgo se portaban así estaban siendo unos hipócritas, no. Ellos actuaban así porque les salía de dentro el actuar así; como cuando el muchacho se puso a trabajar, dejó de beber, etc., para conseguir el auto, lo hacía de todo corazón, lo hacía porque quería; no estaba siendo hipócrita.

Esto lo digo porque muchas veces ya de casados, cuando aparecen tales cuales son, con sus vicios y deformidades de carácter, se acusan mutuamente el uno al otro de haberle engañado. Y no es cierto: nadie trató de engañar a nadie. Los dos estaban siendo sinceros. Porque cuando estaban enamorados eran cariñosos y complacientes y lo eran de corazón: más aún les encantaba serlo. Y ellos hubieran seguido siendo así, si hubieran seguido estando enamorados. Fue esto lo que falló. El error estuvo en no haberse percatado que sólo había entre ellos un enamoramiento físico y que éste algún día se iba a acabar.

El nudo del problema

Con esto hemos llegado al nudo del problema, porque si las consecuencias de confundir el amor con el deseo pueden ser catastróficas, el problema más importante que tienen los novios es averiguar si realmente se aman o sólamente, o principalmente se desean. Porque la pregunta es: ¿cómo puedo averiguar si todas esas muestras de cariño, de entrega, de sacrificios, de ternura, etc., son la expresión de su amor para conmigo o sólamente son expresiones del deseo y que, por consiguiente, durarán lo que dure el deseo? Dicho de otra manera: ¿qué garantía tengo yo de que mi novio o mi novia, cuando el atractivo físico haya desaparecido en gran parte o por lo menos por la costumbre sea ya menor que otros atractivos, siga siendo cariñoso, considerado, comprensivo, tierno, responsable y no se convierta en un egoísta, explotador, pendenciero, mujeriego, etc.; en una palabra qué garantía tengo de que me seguirá amando, si yo no cambio y sigo siendo la mujer que era y de la que se enamoró mi marido?

En definitiva el problema está en averiguar si mi novio es así, o sólamente **está** siendo así; si es en realidad lo que parece, o sólamente lo parece. Porque si realmente mi novio o mi novia **es** así, es decir, es bueno, considerado, etc., entonces lo seguirá siendo siempre porque lo que una persona es, salvo casos extraordinarios, y siempre que el otro tampoco cambie, dura hasta la muerte. En cambio el que no es, sino que sólamente **está siendo**, lo está siendo debido a alguna razón especial y durará mientras dure esa razón. Si alguien está triste porque se le murió la madre, cuando el recuerdo de esta muerte se vaya borrando, dejará de estar triste.

Además, el amor exige muchas renuncias, muchos sacrificios, desinterés, etc., pero a uno que **es** egoísta, agresivo, explotador, irresponsable... a la larga se le hace muy difícil el ir contra lo que es. Por eso en realidad sólo pueden amar a la larga las personas maduras, porque amar es disponer de sí mismo en favor de otro, pero yo no puedo disponer de mí mismo en favor de otro, si yo no me poseo a mí mismo, es decir, si no tengo control de mí mismo, si no **soy** una persona madura.

Pues bien hay una manera sencilla de averiguar lo que en realidad es una persona y no lo que parece ser, y creo que es la única: si tu novio es cariñoso, comprensivo, considerado, responsable, etc., lo será con todo el mundo y no sólo contigo. Y lo mismo digo del novio respecto a la novia. Naturalmente que contigo será especialmente bueno, porque no sólo te ama, sino además te desea. Uso aquí la palabra "bueno" en este sentido amplio, que abarca todas esas cualidades que hacen a una persona espiritualmente bella. Y con todos los demás, será bueno en un grado, si no tan intenso, por lo menos suficiente.

Si un metal **es** hierro, reaccionará como hierro con cualquier metal con el que entre en contacto; si sólo reacciona como hierro con uno o tres, o cinco metales, definitivamente no es hierro. Reaccionará como el hierro ante esos metales, pero no **es** hierro.

Lo mismo sucede aquí: si alguien sólo es respetuoso, considerado, servicial, etc., con determinadas personas y con otras no, definitivamente no "es" considerado, no "es" servicial: sólamente lo "está siendo". Lo que sucede es que existe una razón que le hace actuar de diferente manera en esos casos concretos, pero en el momento en que cese esa razón volverá a ser lo que es. Así, hay individuos, como dijimos, que son egoístas, violentos, abusadores, pero tratándose, por ejemplo, del jefe de la empresa en que trabajan y del que depende su porvenir en la empresa, son serviciales, complacientes y hasta melifluos con él. Pero todos sabemos que lo "están siendo", porque tienen una razón, pero no que "son"así.

Como se conoce, pues, lo que en realidad es una persona es observando cómo se comporta con todos aquellos con los que está en contacto, con los que tiene que convivir de una u otra manera y sobre todo con aquellos de quienes no espera nada. ¿Es una persona comprensiva, que no es abusador, que tiene en cuenta los sentimientos de los demás, es bondadoso, responsable, cooperador, etc. con todo el mundo? Entonces podemos concluir con seguridad que esa persona "es" todo eso y no sólamente lo "está siendo".

No lo olvidemos: el matrimonio es sobre todo convivencia, por eso lo primero que hay que observar es cómo se comporta con los que tiene que convivir a diario; cómo soporta y reacciona ante los roces y las tensiones que forzosamente conlleva toda convivencia. De aquí que hay que mirar cómo es con sus padres, hermanos y demás personas que vivan en la casa. Este es ya un gran indicio, porque no lo olvidemos: el matrimonio es ante todo y sobre todo convivencia y convivencia las 24 horas del día.

Es lo que tantas veces se oye decir: si es buen hijo, será buen esposo. Pero hay que tener cuidado con ésto. Son esos dichos que se repiten, que todo el mundo acepta sin analizar y que generalizados pueden ser falsos. Porque con relativa frecuencia se da el caso de esposos y esposas que como tales esposos fueron un desastre, pero que eran o al menos parecían excelentes hijos.

Y es que entre los padres y los hijos existe una serie de dependencias y acondicionamientos que no existen respecto del esposo o de la esposa. Está, por de pronto, el agradecimiento a quienes nos dieron el ser; a quienes tanto se sacrificaron por nosotros cuando éramos niños; está muchas veces el interés ya que de novios económicamente dependen de los padres; está, también, muchas veces el miedo a un padre severo, miedo acumulado a lo largo de años e inducido en él cuando era pequeño y veía a su padre como a un Dios.

Y puede ser también que el hijo parezca un excelente hijo, pero en realidad es un "mama's boy" o una "mama's girl", que no ha roto todavía el cordón umbilical.

Por lo mismo tampoco basta que sea bueno con sus amigos. Muchas veces he oído decir, sobre todo a muchachas, para probar que su novio es realmente bueno, la misma frase: "pues él es bien bueno con sus amigos". Pero ésto no es decir nada: todo el mundo es bueno con sus amigos, si no dejarían de ser amigos. Y todos esos hombres que maltratan a sus esposas, que las insultan y hasta les pegan, tienen amigos y son buenos con ellos, porque los necesita.

La verdadera clave

Por eso donde verdaderamente se ve lo que en realidad es una persona es en la manera como trata a aquellos de los que **no espera nada, no teme nada, no necesita nada**.

Porque ahí la única razón que se puede aducir para tratarlos es porque él es bueno y tiene buenos sentimientos, y no lo está haciendo por interés o miedo.

Y todavía se ve más la intensidad de su bondad y su calidad humana en la manera como trata a sus enemigos, a aquellos que le han ofendido o han sido injustos con él: si no es rencoroso, si no es vengativo, ni no guarda resentimiento, y más todavía, si devuelve bien por mal.

Esto es ser como Dios. Dios no ama a los hombres porque son buenos, sino porque Él es bueno. En ésto consiste la auténtica bondad. Porque en el caso de aquel que es bueno con aquellas personas de las que no espera nada, ni necesita nada, el ser bueno con ellos no puede proceder de ningún interés o ventaja que se le pudiera seguir, si no que la única explicación que puede darse es que es bueno. Precisamente en eso consiste la bondad, en hacer el bien sin interés o necesidad de hacerlo, porque el que lo hace por interés no estaría propiamente dando, sino que estaría haciendo una inversión cuyos réditos ya cobrará más tarde. Y en el caso del que es bueno con sus enemigos todavía se ve más clara la bondad de la persona, porque no sólo hace el bien sin razones, sino en contra de las razones.

Naturalmente que no hay que pedir en el novio o en la novia este grado de bondad, basta que tenga un grado de bondad suficiente. Por eso no hay que estar esperando un príncipe azul o una princesa rosa, porque no los hay y los que hay a lo mejor están cuidando leprosos, o como la Madre Teresa recogiendo moribundos por las calles de Calcuta. Todos los hombres tienen defectos pero lo importante es que por lo menos tengan un nivel de bondad suficiente para imprimir amor y poder compartir toda la vida con él. Eso es lo que hay que buscar naturalmente que cuanto mayor bondad tengan, tanto mejor.

Creo que con lo dicho se puede responder a una pregunta frecuente sobre todo en las novias ¿Cómo sé que mi novio me ama y no sólo me desea? Porque si tu novio es bueno, responsable, comprensivo y no egoísta y por otra parte con palabras y gesto más o menos expresivo te dice que te ama, entonces es señal de que realmente te ama.

Pero conmigo es diferente

Pero en realidad, ¿qué es lo que sucede? Que los novios sólo juzgan el uno del otro por la forma como el otor le trata. Y como la novia, por ejemplo, ve que el novio es con ella considerado, cariñoso, complaciente... piensa que él es así. No le importa cómo es con los demás porque eso a ella no le afecta, no lo tiene que sufrir. Y eso es lo que dicen cuando alguien les confronta con este hecho: "pero conmigo es diferente". Y es la peor respuesta que podrían dar: porque si sólo con ella es diferente, quiere decir que él no es así, sino que sólo está siendo así.

El tremendo error que comete es el creer que con ella siempre va a seguir siendo diferente. Esto supone una ingenuidad de campeonato olímpico.

Pero no siempre va a ser así, porque el carácter acabará por imponerse. Se dice que la música amansa las fieras, pero mientras dura la música; con mayor razón podemos decir que la belleza amansa a los hombres salvajes y violentos, y dulcifica su carácter. Pero ésto es también mientras dura esa belleza, o mientras esa belleza le impacta, pero, una vez pasada la belleza o el impacto, el hombre volverá a ser lo que era.

Y eso es de esperar. El ir contra su manera de ser exige un gran esfuerzo y sacrificio, y estar continuamente yendo contra su modo de ser, un continuo esfuerzo y sacrificio. A un hombre agresivo y violento el proceder siempre con dulzura y suavidad le requeriría un enorme y continuo esfuerzo y sacrificio.

Eso se puede hacer cuando existe esa razón, ¿por qué va a hacerlo? Si esa mujer ya no le atrae y por consiguiente ya no le interesa porque lo único que le importaba de ella ya no existe o no le importa, ¿por qué va a seguir siendo dulce, cariñoso y sacrificado con ella?

De aquí aquello de "cuando éramos novios él era tan atento, cariñoso... ella tan dulce, tan femenina... y ahora...". Los dos siguen equivocándose: porque ni él ni ella eran todo eso, sino que sólamente lo estaban siendo. Cayeron en la trampa de juzgarse el uno al otro por lo que uno era con el otro, y se equivocaron; como se equivocaron también al pensar que siempre iba a ser así entre los dos.

Y no lo va a ser. Más aún, entre ellos va a ser inmensamente peor que con los demás: lo primero, porque nadie tiene que sufrir más el carácter violento, egoísta, caprichoso, irresponsable de otra persona que aquel que tiene que convivir las veinticuatro horas del día con esa persona. Y lo segundo, porque será con ellos con los que principalmente tendrá las diferencias, los encuentros, las peleas, los choques, porque el matrimonio es, ante todo y sobre todo, una convivencia; y no una convivencia cualquiera, en la que cada uno tiene sus propios problemas y sólo comparten una morada, sino una convivencia tal que dos vidas se han fundido en una sola y todos los problemas, sufrimientos, fracasos y frustraciones del uno, automáticamente son también del otro.

Por eso, no sólo no van a seguir siendo siempre diferente entre ellos, sino que llegará un momento en que toda la fuerza de ese carácter violento, egoísta, dominante, caprichoso, irresponsable, va a descargar sobre ellos con todo su ímpetu salvaje. Y si no me creen, a los hechos me atengo: no hay más que abrir los ojos y mirar alrededor; ¿qué es lo que vemos en tantos y tantos matrimonios? Peleas

salvajes, odio a muerte, lágrimas, insultos, golpes... ¡hasta asesinatos! Y son los mismos que un año atrás se adoraban el uno al otro; que sólo vivían el uno para el otro, que se devoraban a besos entre frases incendiarias de cariño y promesas de amor eterno; que con ellos eran considerados, tiernos, delicados, etc.; en una palabra, que eran diferentes. Es verdad: fueron diferentes... hasta que se les pasó el deseo.

Esta dinámica de desgaste al que está sometido el deseo trae consigo otra consecuencia muy frecuente para muchos matrimonios que se casaron no sólo por deseo, sino también por amor, y no un amor pasajero, sino un amor firme y sólido. Sucede con frecuencia que al cabo de cierto tiempo, más o menos largo, en muchos matrimonios van desapareciendo, en todo o en parte, aquellas experiencias, gestos y palabras amorosas en que tan pródigos eran en el noviazgo. Y no es que se hayan dejado de querer, sino que no lo expresan, o apenas lo expresan. Este hecho es más frecuente en los esposos.

Yo creo que la causa está en lo que dicho: esas expresiones amorosas, la mayor parte de las veces, venían dictadas, sobre todo, por el deseo físico, aunque no faltase tampoco el amor, pero a medida que ese deseo físico va perdiendo virulencia, las expresiones externas producidas por él van desapareciendo.

Esto pasa sobre todo con personas tímidas y retraídas o cuyos padres eran poco expresivos en sus expresiones de cariño. En el noviazgo el deseo físico le ayudó a vencer su timidez o inexperiencia, porque todos en momentos de pasión hacemos cosas que o no nos atrevíamos a hacer o no sabíamos, en momentos tranquilos. Lo malo fue que esas expresiones hijas del deseo, no fueron sustituidas por otras no tan apasionadas, pero más profundas.

Lo que sucede entonces es que el matrimonio se convierte, sobre todo para la mujer, en un Sahara, seco árido, sin vida. La mujer es sobre todo un ser emotivo, y es el amor y el sentirse querida lo que la lleva y la satisface, y si no tiene ésto se siente frustrada y vacía.

Esto es algo que no entienden muchos esposos, porque no han entendido la diferencia que existe entre el verbo “saber” y el verbo “sentir” estos esposos se sienten tranquilos porque “mi mujer ‘sabe' que yo la amo”. “Yo no ando con otras mujeres, yo todo lo que gano se lo doy, soy casero...”. Es verdad, la mujer “sabe” que tú la amas. Pero lo que llena y satisface al ser humano no es el saber, es el “sentir”: no es el “saber” que la amas, sino el “sentir” que la amas.

Alguien puede leer en los periódicos u oírselo a sus amigos a tal película es tremendamente cómica: ésto solo no le hará retorcerse de risa. Sabe que es muy divertida. Para que realmente le haga gozar tiene que verla, tiene que experimentar, es decir: tiene que sentirla. Y si la mujer sólo sabe que el marido la ama, pero no lo siente, puede servir para mantenerla viva, pero no para que su vida sea una vida feliz y llena. Es comer una comida desabrida, sin condimento y hervida en agua: basta para mantener la vida, pero, ¿quién se la dispara? Sólo para conservar la vida. Pero en el hombre no existe sólo el instinto de conservación.

Y es lo que sucede en muchos matrimonios: se aman, pero su amor es a nivel de instinto de conservación. No harán nada que pueda destruir el matrimonio, pero tampoco nada o muy poco para que el matrimonio no sólo sobreviva sino que viva plenamente. Y ésto a lo largo es peligroso, porque en un matrimonio si uno está permanentemente frustrado, el otro acabará por estarlo y puede ser que el matrimonio no se destruya por completo, pero ¿un matrimonio en que los dos están permanentemente frustrados vale la pena?

Y, por otra parte, si el marido dice que, aunque no lo exprese, ama a su esposa y si para ella por su sicología femenina, que ella no puede cambiar, significa tanto el sentirse querida, ¿por qué no expresa sensiblemente que la quiere? Porque en ésto consiste precisamente el amor, en hacer feliz a la persona querida, en proporcionarle aquello que ella quiere, cuando ésto es razonable. ¿Y se puede decir que no es razonable que la mujer pida sentirse querida, cuando sin eso va a llevar una vida frustrada y sin ilusión? Pero es lo que antes dije: que el amor de muchos maridos, aunque verdadero amor, es un amor a nivel de instinto de conservación y supervivencia. Es decir, una situación en que la mujer no tiene razone suficientes para separarse, pero tampoco alicientes para seguir conviviendo con su marido.

Y algo parecido puede decirse de la esposa en relación al esposo: muchas veces también la esposa pierde aquellos detalles de ternura, dulzura, gracia, y delicadeza que le hacía espiritualmente bella en el noviazgo. Y con eso pierde también su belleza espiritual. Porque la belleza vive del detalle. Como sucede con la belleza física. Lo que hace bello un rostro no es que tiene ojos, nariz, oídos y boca, es la forma y disposición que guardan entre sí: es decir, detalles. No se convertirá en una mujer espiritualmente fea, pero tampoco será bella; no repelerá, pero tampoco atraerá.

Y la calle está muy dura; el hombre se va a encontrar en su trabajo, en su oficina con otras mujeres que serán físicamente más bellas o por lo menos diferentes, y espiritualmente también le parecerán bellas, porque no están sometidas al desgaste y las tensiones que trae una convivencia de día tras día, y año con año.

Y ésto que acabo de decir sobre la belleza espiritual en su tanto se puede decir de la belleza corporal. Porque hay mujeres que en cuanto atrapan un marido sólo se arreglan para ir a la ópera, y como la mayor parte de ellas nunca va a la ópera... caminan por la casa desgreñadas, en chancletas y en bata, y naturalmente lo único que logran provocar en sus maridos son vehementes tentaciones de castidad.

Estos maridos que en la oficina van a ver a las secretarias que marean de elegantes y guapas, como recién escapadas de la revista Hola o Cosmopolitan, y naturalmente van a comparar con lo que dejaron en casa. La mujer no se debería dejar ver del marido hasta que no sale del tocador arreglada, pintada y pidiendo guerra.

Otro tipo de amor

Aunque hasta ahora sólo me he estado refiriendo al amor propiamente dicho, o sea el amor espiritual y al amor físico, sin embargo existe otro tipo de amor que pudiéramos llamar de conveniencia y que muchas veces de una manera más o menos profunda hace creer a los novios que en realidad se aman, cuando lo que sucede es **que se necesitan**.

Este es un amor que se funda en las ventajas que una persona puede proporcionar; se quiere a esa persona como un medio para conseguir esas ventajas. No se la ama, pues, por ella misma. Así muchos jóvenes creen que se aman cuando en realidad lo que está sucediendo es que ven a la otra persona como un medio para escapar de un hogar desgraciado; o quizás porque por primera vez en su vida un joven o una joven le han hecho sentirse queridos que le importa a alguien; o ve en la otra persona un medio para tener un hogar propio e independiente: o para adquirir un status social más elevado, o tratándose sobre todo de muchachas para no quedarse solteras.

Y muchas veces los jóvenes se hacen novios porque esto les hace experimentar esa dulce sensación del amor. Como suele decirse están enamorados del amor. Y no faltan sobre todo muchachas que se echan novio para no ser menos que sus compañeras de colegio y para poder alardear que ellas también tienen éxito con los jóvenes.

Sin embargo, no me he referido a este tipo de amor, lo primero porque es el amor físico el que sobre todo se confunde con el auténtico amor. Y porque estamos en una sociedad supersexualizada en la que el cine, la TV, las revistas, las modas están exacerbando el instinto sexual sobre todo de los jóvenes a lo que además lo llaman y lo presenta como amor. No es, pues, extraño que con la sexualidad exacerbada, los jóvenes se enamoren del sexo contrario que le atrae violentamente y crean que en realidad se aman.

Además que hoy día los enamorados por sola conveniencia son muy raros. De ordinario este amor de conveniencia no va solo; además de necesitarse también se atraen más o menos intensamente y el amor de conveniencia viene a reforzar esa atracción, hacerla más intensa.

Sin embargo, prácticamente todo lo que hemos dicho sobre el deseo físico se puede decir de este amor de conveniencia. También este amor de conveniencia cambia el carácter de las personas. No hay más que ver lo untuosos y serviles que muchos hombres son con el jefe del que depende su ascenso en la empresa; y cuántos comerciantes que en su casa son inaguantables, con los clientes son considerados, pacientes y amables.

Y también este amor de conveniencia dura lo que duran las ventajas por las que se quiere a la persona, o surjen otras ventajas mejores. Y así muchos que se casaron por salir de casa, cuando ya lo lograron desaparece la razón y enseguida empiezan a sentir otras necesidades más fuertes. Y lo mismo podríamos decir de las otras razones. Por eso, lo que hemos dicho del deseo se puede aplicar a este tipo de amor de conveniencia pues en realidad coinciden, porque los dos son las instrumentaciones de una persona en un medio para conseguir algo. En el deseo físico se convierte a la persona en un medio para conseguir una satisfacción física y sexual y en el amor de conveniencia para conseguir otro tipo de ventajas, sociales, económicas o emocionales. Por eso prácticamente todo lo que he dicho sobre el deseo físico se puede aplicar al pie de la letra a este tipo de amor de conveniencia.

SEGUNDA TRAMPA:Creer que son afines, cuando sólo les gusta estar juntos

Esta es la segunda trampa que puede tenderles a los novios la atracción física: creer que tienen mucho en común, cuando a lo mejor no tienen nada. Y ésto también va a condenar al matrimonio irremediablemente al fracaso.

Porque sería un error creer que basta para que un matrimonio sea feliz el que los dos sean espiritualmente bellos y amarse con ese amor provocado por la belleza espiritual de una persona. Porque este amor es un amor de admiración, un amor por así decir estético y estático: el amor con el que se ama una obra de arte. Pero el matrimonio no es un taburete en el que los dos se sientan para contemplarse mutuamente; el matrimonio es ante todo y sobre todo convivencia, y ésto significa convivir juntos, es decir pensar juntos, querer juntos, sentir juntos, gozar y sufrir juntos. Pero ésto es imposible, si los dos no comparten fundamentalmente las mismas experiencias vitales.

Es decir, que dos esposos además de amantes tienen que ser amigos: que es necesario que ese amor que se profesan sean también un amor de amistad.

Es difícil definir lo que es ser amigo, porque es muchas cosas. Por de pronto es el compartir una serie de intereses y valores fundamentales de la vida y cuanto más sean estos, más profunda y sólida será esa amistad; es sentirse a gusto cuando están juntos, aunque no se hablen; es tener confianza para expresar lo que uno siente, sin miedo a herir susceptibilidades; es poder pedir un favor y el hacerlo como la cosa más natural del mundo sin andar contabilizándolos; es el poder discutir y poder disentir mientras los dos se siguen tomando una cerveza.

El amigo viene a ser un desdoblamiento del propio yo, o una versión del propio yo con otras características, otra manera de ser y hasta otro carácter, pero fundamentalmente el mismo. Por eso, no sólo se identifican, sino que se complementan: porque el amigo piensa y siente lo mismo, pero de otra manera, con otras resonancias, desde otras perspectivas. No son meramente el eco el uno del otro, ni una segunda edición. Son iguales pero al mismo tiempo desiguales en su igualdad.

En nuestro caso, cuando el esposo y la esposa son amigos, la esposa vienen a ser la versión femenina del esposo y el esposo la versión masculina de la esposa. Son iguales y son completamente diferentes.

Por eso los amigos duran y duran como dura el propio yo. Amigos de toda la vida que de niños jugaron a guardias y ladrones y de viejos siguen jugando al tute o al dominó en una partida interminable.

Por eso, en el matrimonio cuando los esposos además de amantes son amigos, al amor dura y dura y nunca se cansan de estar juntos. Son encantadoras esas parejas de viejecitos, que salen al parque a tomar el sol juntos y que cuando el uno muere, al poco tiempo le sigue el otro, porque ya no son seres, son muñones de seres a quienes han amputado la otra mitad.

Porque en este caso el matrimonio es un verdadero matrimonio, de almas y cuerpos, es decir, es un compartir institucionalizado y entonces el matrimonio tiene la virtud de hacer más grandes las alegrías y más pequeños los sufrimientos, porque una alegría compartida se hace más grande y un sufrimiento compartido más pequeño.

Y lo que hace fácil que estos matrimonios duren es que, al tener los dos los mismos gustos e intereses va a suceder que al dar gusto al otro, se están dando gusto a sí mismos y al darse gusto a sí mismo le está dando gusto al otro. Y, ¿cómo un matrimonio así; en que los dos se aman y además s están dando siempre gusto; no va a ser feliz y va a durar para siempre?

En cambio cuando los esposos no son también amigos, el matrimonio acaba por morir de una de las dos maneras o por aburrimiento o desangrado.

La muerte por aburrimiento

Pues bien, pueden unos novios ser idealmente bellos física y síquicamente, pueden ser dos almas de Dios, de pura bondad, pero puede suceder que apenas tengan nada en común y entre ellos no exista una sintonía de almas, y no comparten una serie de intereses comunes y en ese caso su matrimonio acabaría asfixiado por el aburrimiento: morirá bostezando. Serán dos estatuas bellas muy bellas en un museo: Venus y Apolo juntos, pero sin nada que decirse.

Porque, si apenas tienen nada en común ¿cómo van a convivir? Porque si hacen lo que a él le gusta, se aburre ella, y si hacen lo que a ella le gusta, se aburre él. Y ¿de qué hablan? Porque cada uno habla de lo que le interesa y entonces uno de los dos se aburre con la conversación del otro. Resultado: que acabarán los dos por callarse, porque ¿quién tiene ánimos para seguir hablando cuando ve que su conversación hace bostezar al otro? Lo que dije: dos estatuas en un museo.

El matrimonio no es coexistir juntos sino convivir juntos. Son las almas las que propiamente conviven, no los cuerpos: los cuerpos coexisten, las almas conviven. Es con el carácter, con la manera de ser, con los gustos, intereses y aficiones de la otra persona con lo que hay que convivir las 24 horas del día. El matrimonio sin ésto se convierte en un matrimonio de cuerpos y un divorcio de almas.

Y si no hay convivencia, aun la coexistencia se hace inaguantable a largo plazo. El amor aguanta todo, menos el aburrimiento. ¡Cuántos amores han sido enterrados a los acordes de una sinfonía de bostezos! Y en su tumba se podría escribir este epitafio: “Aquí yace un amor que murió de aburrimiento”.

Matrimonios que se desangraron

Pero muchas veces no sólo mueren asfixiados por el aburrimiento, mueren también desangrados: un desangrarse lento, pero continuo, que acaba por matar el amor. Porque ¿qué va a pasar cuando los esposos no compartan los mismo intereses, los mismo gustos, las mismas aficiones o por lo menos un número sustancial de ellos? Que forzosamente uno de los dos tiene que estar frustrado.

Y lo malo es cuando esos intereses en los que no coinciden, son los que forman parte de la trama ordinaria de la vida o cuando se trata de realidades que para uno de los dos significan mucho.

Supongamos que a ella le gusta salir, visitar amistades, ir a fiestas y a él le gusta quedarse en casa en bata y pantuflas con un vaso de cerveza en una mano, viendo la televisión. O que ella es más romántica y sentimental que la Dama de las Camelias y él tiene el romanticismo de una tabla de logaritmos. O que a él le gusta el arte, los conciertos, las conferencias culturales, las tertulias y ella cree que Chopín es un torero o un futbolista.

Y ésto sin entrar en aspectos más profundos como es su actitud ante el sexo: a ella le entra todos los días dolor de cabeza a la hora de acostarse o él se queda dormido todas la noches delante del televisor. O los problemas económicos: ella gastadora, él un maceta. O la educación de los hijos: él un sargento de la guardia civil y ella con la firmeza de la gelatina. Y hay no pocos matrimonios que podrían decir lo que le decía una pareja de casados a un consejero matrimonial: nosotros fuera del sexo, la economía, nuestras respectivas familias y la educación de los hijos, no tenemos problemas.

Naturalmente que un matrimonio así sólo puede durar a base de continuas renuncias y sacrificios de uno de los dos o de los dos. Y no se trata de los sacrificios ordinarios que la convivencia matrimonial conlleva, que son necesarios y son compartidos por los dos. No, aquí se trata de sacrificios permanentes, porque siempre uno de los tiene que estar sacrificándose y muchas veces es uno solo, sin que el otro lo comparta; de sacrificios dolorosos porque se trata de intereses y gustos que forman parte de la personalidad de uno; y sacrificios innecesarios porque los dos podrían tener los mismos gustos e intereses y el matrimonio sería un paraíso porque siempre los dos estarían dándose gusto y al mismo tiempo dando gusto al otro.

Pero en nuestra situación la felicidad del uno está construida sobre la infelicidad del otro y en el matrimonio o los dos son felices o ninguno lo es. Un matrimonio así no es más que una frustración institucionalizada: porque cuando uno es infeliz está frustrado está amargado; y una persona amargada, es un a persona que termina por tornarse hostil, resentida y vengativa. Y el matrimonio acaba por morir, quizás no a puñaladas, pero sí de continuos alfilerazos que acabarán por desangrarlo. Es muy duro vivir permanentemente frustrado y la tentación de librarse de ella es muy fuerte.

¿Son afines o les gusta estar juntos?

Y de nuevo nos encontramos con la dificultad con que tantas veces nos hemos encontrado: que en el noviazgo es difícil descubrir muchas veces si existe esta afinidad y comunidad de intereses.

Porque muchas veces creen que comparten los mismos intereses y los mismos gustos, sólo porque les gusta hacer muchas cosas en común, cuando en realidad lo que les gusta es estar físicamente juntos, poder mirarse, poder hablarse y sobre todo acariciarse. De nuevo el enamoramiento físico les está tendiendo una trampa.

Y así hay novios que no creen ni en el teorema de Pitágoras y se hacen novio de una muchacha religiosa y la acompañan a misa los domingos y aun entre semana, y si es preciso hasta a las “Cuarenta horas” sin cortar ni un minuto. Y muchachas que confunden un “corner” con un “penalty” y se van con el

novio al partido de fútbol, con catarro y 39º de fiebre.

Están confundiendo el gusto de hacer esas cosas, con el gusto de estar juntos al hacer esas cosas; y el hecho de buscar estar siempre juntos, con el hecho de ser afines. Cuando en realidad se deberían preguntar: si no estuviera con él, o con ella, ¿yo haría esto? Y si es sincero, muchas veces tendrá que reconocer que ni con una ametralladora a la espalda lo haría.

Naturalmente durante el noviazgo y en plena enfatuación física a los novios no les importa el sacrificarse, como ya hemos visto; más bien les resulta un sacrificio gustoso, porque ese sacrificio les da la oportunidad de estar juntos y el gusto que reciben en estar juntos es mucho mayor que el disgusto que les causa el sacrificio que están haciendo.

Lo malo es que cuando la enfatuación física ha perdido mucho de su fuerza, ya el estar físicamente juntos no les interesa tanto, y no les compensa por el sacrificio que tendrían que hacer al hacer algo que no les gusta. Es entonces cuando empieza el divorcio espiritual de la pareja, cuando se empiezan a dar cuenta de que en realidad tienen muy pocas cosas en común; divorcio espiritual que muchas veces acaba en divorcio real o por lo menos en una soledad de dos en compañía.

Y precisamente este tipo de novios que en realidad tienen muy poco en común con frecuencia son los que más acuden a una mayor intimidad física para compensar la falta de intimidad síquica que tienen. Como no tienen de qué hablar con palabras, hablan con las manos y con todo el cuerpo porque de alguna manera tienen que pasar el rato y compensarse por estar acompañando a la novia o al novio a una actividad que no les guste. ¡Cuántas veces estas intimidades físicas están disimulando y tapando el aburrimiento que juntos experimentan!

Un caso especial

Esto que acabo de decir puede arrojar luz sobre un tipo de matrimonio relativamente frecuente, en unos países más que en otros. Es el matrimonio entre personas de distinta fe religiosa que viven esa fe y actúan consecuentemente con ella. Digo que viven esa fe, porque cuando no la vive ninguno de los dos, o uno de los dos no la vive, el caso es menos agudo bajo el punto de vista de la convivencia matrimonial.

Y no voy a decir que un matrimonio así ciertamente va a fracasar, porque no es cierto. Depende sobre todo del grado de madurez que tengan los dos y que tiene que ser muy grande; no basta una madurez ordinaria. El caso es que ellos siempre piensan que la tienen. Pero lo que no se puede negar es que en este tipo de matrimonio, por de pronto, no puede existir una compenetración y un compartir pleno entre los dos; y no va a existir en un área tan importante y abarcadora en la vida del hombre como es la dimensión religiosa.

La razón es que cuando la fe es verdaderamente fe es algo que penetra y colorea toda la vida del que la tiene y la afecta profundamente. Porque es una visión y valorización de la vida y los acontecimientos en profundidad. Y a esto supone de entrada que los dos tienen una visión y valoración de la existencia distinta y ¿cómo puede darse una compenetración total entre personas que tienen dos visiones diferentes de la vida?

Y supone también que va a haber una serie de actividades que no van a poder hacer juntos: él acudirá a su Iglesia y ella a la suya.

Y forzosamente tienen que crearse tensiones muy fuertes entre los dos. Por de pronto, porque la tentación de convertir el uno al otro tiene que ser muy grande entre dos que viven intensamente su fe y si el otro se resiste ahí tenemos una fuente de conflictos y divisiones. Y es claro que se resistirá. Además, esta misma vivencia profunda de su fe hará más doloroso y frustrante que el otro no la comparta.

Y están de por medio los hijos. ¿En qué fe se les educa? Esto va a traer tensiones y tensiones muy fuertes entre los esposos. No sólo por el deseo fuerte que tiene toda persona que tiene una fe intensa de comunicarla precisamente porque cree en ella, sino también porque ve que se va a quedar marginado si los hijos se educan en la fe del otro esposo.

Y cuando llegue el domingo él o ella irán solos a su Iglesia, mientras el otro o la otra va con los hijos a la otra Iglesia, haciéndose más conscientes los dos de que allí hay una ruptura entre los dos, algo que los separa profundamente.

Y a estas tensiones entre el padre y la madre se añadirán las tensiones de los hijos, porque van a sentirse escindidos entre el padre y la madre; ellos quisieran estar con los dos porque aman a los dos y ven que la religión impide esto y el resultado va a ser que ellos acaben por no creer en nada, en aborrecer la religión que les está dividiendo como familia.

Todas estas tensiones a veces son tan fuertes, que a la larga pueden hacerse intolerables; y entonces una de dos: o uno de los dos se convierte a la fe del otro, o lo que es más probable, uno de los dos se enfrían en su fe y así desaparecen en gran parte las tensiones, pero ¡a qué precio!; o si los dos quieren seguir viviendo plenamente su fe es muy difícil que las tensiones acumuladas que esto va a originar no acaben por destruir el matrimonio.

El caso más frecuente, sin embargo, es que los dos sean de la misma fe, pero uno no la practica o que uno tenga fe y el otro ninguna. Este caso, si los dos son personas maduras y se respetan mutuamente, no es tan malo bajo el punto de vista de la afinidad entre los dos, pero no se puede negar que en un matrimonio así nunca habrá aquella compenetración y aquel compartir que si los dos vivieran la misma fe, y que es una fuente de frustración perenne para la parte que cree, que de ordinario suele ser la esposa.

TERCERA TRAMPA:Creer que están pensando, cuando sólo están sintiendo

Todo el mundo está de acuerdo, o por lo menos deberían de estarlo, en que si hay una decisión importante en la vida del hombre es la de casarse y, por consiguiente, si hay alguna decisión que habría que pensar seria y sinceramente es ésta. Y, sin embargo, yo creo que si hay algo que no se piensa es precisamente ésta. Y que no me vengan que han estado 2, 4, 6, 8 años de novios, y que en ese tiempo han tenido tiempo de pensarlo. De acuerdo: tiempo han tenido, pero que lo hayan hecho, creo que la inmensa mayoría de los novios no lo han hecho.

Y es que confunden pensar con racionalizar: creen que están pensando, cuando en realidad sólo están sintiendo, es decir, racionalizando un deseo. Porque la diferencia entre pensar y sentir no es que en el primer caso se dan razones y en el segundo no. De ninguna manera: en los dos casos se dan razones. La diferencia está en que en el pensar se consideran las razones a favor y en contra y se le da a cada una el valor que tienen: es un pensar objetivo y realista.

Pero en el sentir sólo se piensan las razones dictadas por el deseo, aquellas que lo justifican y las razones en contra o no se piensan o, si se piensan no impresionan, o, sólo se piensan para refutarlas. Es un pensar dirigido por el deseo y expresión de ese mismo deseo: es un deseo racionalizado.

No hace falta probar ésto, es de experiencia cotidiana. Y naturalmente, cuanto más vehemente sea el deseo, mayor es la incapacidad de pensar objetivamente. Un hombre ardiendo en deseos de venganza, ¿puede pensar objetivamente? Traerá razones, justificará sus deseos de venganza con trescientos mil argumentos, pero no escucha las razones contrarias y si las escucha le resbalan, o sólo las escucha para refutarlas. No creo que estoy diciendo nada genial, cuando afirmo que un hombre apasionado es incapaz de pensar objetivamente.

Ahora bien, pocos deseos tienen la violencia e intensidad que tiene el deseo físico y sexual. Quizás no haya otro deseo en el mundo, ni el deseo de venganza, que lo supere. Por eso, cuando dos novios están profundamente enamorados están prácticamente incapacitados para pensar objetivamente. ¿Hay alguien que haya convencido a dos novios bien enamorados de que no se convienen? Para mí es todavía una experiencia inédita.

Una vez creí que lo iba a lograr: vino a verme una joven porque le habían entrado dudas de si casarse o no con su novio. Lo que voy a decir no es caricatura. Le pregunté qué era lo que le hacía dudar. Y esta fue la respuesta: "es que, mire usted, me he enterado que mi novio ya ha tenido dos hijos por ahí y no me lo ha dicho. Además le han echado ya de tres o cuatro trabajos por irresponsable." Yo creí que ya había terminado, pero añadió: "está metido en drogas duras y las vende". El angelito no tenía desperdicio.

Y entonces sólo le hice esta pregunta: suponte que tú todavía no te has enamorado de este muchacho y no te has hecho su novia, ¿te harías novia de él? ¡Ni que estuviera loca!, me contestó. Y ¿estás dudando si casarte? Aquí bajó la cabeza y me dijo: realmente yo debo estar loca, y ahí mismo decidió romper.

Pues bien, a los dos meses se casó con él. Por supuesto, antes de los seis meses ya estaban separados y en trámites de divorcio.

Por eso, con razón se dice que el amor es ciego; pero de nuevo se está llamando amor a lo que es sólo deseo, porque no es el amor el que es ciego, es el deseo. El amor verdadero, al contrario, es bien lúcido, porque el amor se funda en el conocimiento de la persona y por eso va creciendo con este conocimiento. En cambio el deseo ni ve, y lo que es peor, ni quiere ver o sólo ve aquello que quiere ver. Por ésto digo que una gran mayoría de los novios no han pensado su matrimonio, aunque hayan estado varios aós de novios, porque cuando todavía eran capaces de pensar, no pensaron y cuando quisieron pensar ya no eran capaces de pensar, sólo eran capaces de sentir. Y la razón es bien clara: al principio, como todavía no son novios, no se preocupan y, por consiguiente, no lo piensan; naturalmente, esperan a estar enamorados para hacerse novios y entonces, ya son incapaces de pensar. Por eso, lo que había que pensar no era propiamente con quién me caso, sino de quién me voy a enamorar. Porque lo primero, una vez enamorados, como hemos visto, no lo van a pensar con aquella objetividad que se requiere.

Para confirmar ésto no hay más que ver cómo se hacen la mayor parte de los noviazgos. Con frecuencia lo que sucede es ésto: un joven y una joven se encuentran en una fiesta, en un baile, en casa de un amigo. Él la ve a ella y le gustó. Si no es que él le gustó primero a ella y se puso a tiro para que el muchacho se diese cuenta del tronco de mujer que ella era. Y allí mismo empieza él a conquistarla y ella a dejarse conquistar. O al revés, porque muchas veces no se sabe quién conquistó a quién. Y se lanzan unas miradas que son caricias por control remoto, y se dedican unas sonrisas a dentadura completa, muelas del juicio incluidas, y empieza un despliegue de juegos florales, de palabras y frases que le dan a entender a la muchacha que hizo diana.

Naturalmente, él la invita a salir el próximo sábado y la muchacha acepta encantada o de momento no acepta, sólo porque sabe que el otro va a insistir; quiere ver hasta dónde llega el impacto que causó. Y, por supuesto, acaba por aceptar, aunque aquella noche ya tenía una cita con otro muchacho, que desde entonces pasó a pertenecer a su álbum de recuerdos.

Hasta ahora no han pensado nada: simplemente se gustan. Siguen saliendo juntos, a bailes, fiestas, al cine... y se siguen gustando cada vez más. Porque ahora ya no sólo se están saboreando con los ojos, ahora es con los ojos, la boca, los labios, los brazos, las manos, lamentando no ser pulpos. Pero siguen sin pensar: se hacen novios. Y ahora ya, aunque quieran, no pueden pensar, sólo pueden sentir; ya no razonan, ya sólo racionalizan. Por eso digo que no pensaron: porque se enamoraron sin haber averiguado antes si se debían enamorar; dejaron para después de enamorarse el pensar si se debían haber enamorado, o por lo menos si debían seguir enamorados. Como si esto de enamorarse o desenamorarse fuera como ponerse un traje y quitárselo cuando se encuentra que no le cae bien.

Pero una vez enamorados ya pueden averiguar que el novio es Jack el destripador, que se casan de todos modos.

De aquí que el único tiempo, por así decir, hábil que tienen los novios para pensar objetivamente si se convienen o no, es cuando todavía no se gustan, pero ven que pueden gustarse. Cuando los dos se sorprenden mirándose disimuladamente el uno al otro y maniobran para caer juntos en una fiesta, en un baile, en una reunión; y como dijimos antes, lo que hay que pensar propiamente no es si yo me voy a "casar" con éste o con ésta, sino si me debo "enamorar" de él o ella. Porque a lo primero, una vez enamorados, ya se sabe la respuesta: sí. Antes de enamorarse es el único tiempo en que todavía pueden pensar, pero no lo hacen. Y, pienso, que aún entonces ya es muchas veces tarde: porque con frecuencia es amor a primera vista, o como más propiamente deberíamos decir, deseo a primera vista lo que les hace que se busquen: el llamado "flechazo", y ya desde ese momento el flechazo dispara un proceso de racionalización y "wishfull thinking" que les va a quitar la capacidad de pensar serena y objetivamente.

Sin embargo, aunque se que es inútil lo que voy a decir para los novios que ya están enamorados voy a exponer aquí algunas racionalizaciones más comunes a las que acuden cuando alguien les trata de hacer reflexionar sobre su decisión de casarse. Naturalmente, como aquí no se trata de verdades absolutas y matemáticas que no admiten ninguna excepción, sino que puede haber algunas excepciones, todos se meten en esa excepción y creen que ellos van a ser esa excepción, porque la capacidad que tiene el hombre de engañarse a sí mismo es ilimitada.

A) "Mi caso es diferente"

Por de pronto, muchas veces reconocen la lógica y la fuerza de lo que se dice, y aceptan que eso es lo que suele pasar, pero tumban y neutralizan toda esa lógica con una respuesta: "Sí, es verdad eso que usted dice; eso es lo que sucede. Mire, eso es lo que le pasó a una prima mía, y a una amiga mía, etc., pero mi caso es diferente". Y lo peor es que lo mismo dice el otro, y el otro, y el otro, con lo que resulta que la excepción es la ley general. Pero lo que sucede es que después a todos les pasa lo mismo y acaban lo mismo... pero su caso es diferente.

Yo me pregunto: pero ¿qué es lo que les hace pensar que su caso es distinto? Por de pronto las ganas que tienen de creerlo. Es la única salida que les queda, porque, si reconocen que los matrimonios hechos en esas circunstancias "suelen" fracasar, la única salida que les queda es creer que el de ellos va a ser una excepción. Y no se les puede refutar porque no se puede asegurar de ningún matrimonio que va a fracasar irremediablemente, siempre existe alguna probabilidad por remota e improbable que sea, de que resultará; pero el deseo que tienen de que resulte le convierte esa posibilidad en una certeza, Hasta que se dan cuenta de que no funcionó.

Esta convicción de que su caso es distinto se funda en que en el fondo piensan que sus amigos que se están divorciando no se amaron como se aman ellos. Todos los novios más o menos piensan que su amor es único, tan grande que es capaz de superar todas las crisis. Por eso creen que su caso es distinto. El caso es que lo mismo pensaron sus amigos cuando eran novios de otros amigos suyos que

se estaban divorciando. Dan por supuesto que lo que sienten ahora el uno por el otro, siempre va a ser igual.

Por eso la palabra que más usan los enamorados es la palabra "siempre": "Te amaré siempre", "Te amaré hasta el último suspiro", "Toda la eternidad será poca para amarte". Pero lo que en realidad quieren decir es: "Mientras siga sintiendo lo que ahora siento por ti, te amaré siempre, te amaré hasta el último suspiro".

Todos los sentimientos mientras duran se creen eternos. Por eso también el que ha recibido un desengaño amoroso cree que para él la vida ya no tiene aliciente, no vale la pena y muchas veces acaban disparándose un tiro, o tomándose un frasco de barbitúricos. Si hubieran esperado un poco más, ahora estarían riéndose de su estupidez.

Pero para bien o para mal, los sentimientos solos no duran para siempre y ya hemos visto que el enamoramiento, cuando es sólo enfatuación no es excepción. Por eso todas esas promesas de amor eterno son promesas de un amor eterno mientras dure.

B) "Ya verá usted cómo yo le cambio "

Otras veces, la novia o el novio reconocen que su novio o novia tienen problemas serios de carácter o de conducta: que son mujeriegos, que les gusta darse al trago, que tienen un carácter violento; o que son caprichosas, frívolas e irresponsables, etc., pero están convencidos de que ellos o ellas los van a cambiar; hasta que desgraciadamente un día se dan cuenta de que no los cambiaron; al contrario, que su carácter o su afición a beber o su egoísmo caprichoso, etc., empeoraron.

¿De dónde nace aquí el error? Sencillamente de que el novio o la novia sienten que tienen una gran influencia y ascendiente sobre su novio o novia. Lo están palpando continuamente; están viendo los sacrificios que hacen por ellas o por ellos continuamente, el interés que tienen por darles siempre gusto... Por eso están convencidas de que con el tiempo lograrán hacerles cambiar. Esto se da, sobre todo, en la novia con respecto al novio. Las novias creen que ellas van a lograr con el tiempo, cambiarlos; pero que hay que tener paciencia porque este cambio toma tiempo. Y, en efecto, ven algunas mejoras, escuchan muchas promesas expresadas con una gran sinceridad, de que ellos van a cambiar y, naturalmente, la novia le cree porque tiene unas ganas locas de creerle.

Pero son unas mejoras cosméticas, exteriores, poco profundas; más que un cambio, es un paréntesis, un compás de espera. Se moderan un poco, hacen algunos esfuerzos, mejoran algo y la novia piensa que ya está empezando a cambiar y que lo demás es ya sólo cuestión de tiempo. Y cuando estén casados, ella acabará de cambiarlo. No se da cuenta de que muchas veces no es más que un cambio táctico, una sordina o un paréntesis en su conducta, mientras esperaban la boda. Una vez que cree que ya la tiene segura, volverá a lo que era. Otras veces, no se trata de un cambio táctico o un compás de espera; el novio hace verdaderos esfuerzos y sacrificios, pero son los sacrificios que todo el mundo hace para conseguir aquello que desea, pero que durarán lo que dure el deseo.

Y de lo que no se dan cuenta los novios y sobre todo las novias es de que es durante el noviazgo cuando más influencia van a tener sobre el novio o la novia; que desde el día que se casen esa influencia empezará a descender, cuando empiece a descender el deseo y, si no hay amor, llegará a desaparecer por completo. Yo no digo que en absoluto el hombre no pueda cambiar realmente, pero por uno que lo hace, cien únicamente mejoran un poco, lo suficiente para que la novia se crea que con el tiempo, el poder y la influencia que ellas tienen sobre ellos le cambiarán del todo.

Pero la influencia sobre todo de la novia sobre el novio le vienen en gran parte de su atractivo físico, del deseo que el novio siente por ella. Y como este atractivo va disminuyendo... Pero aquí está el error de la novia: el pensar que esa influencia no a disminuir. Sin embargo, lo que suele suceder en el matrimonio es lo contrario: la influencia de la novia disminuye y la del novio aumenta.

Pero un fenómeno muy común que se da en la mayor parte de los novios es que cuando se imaginan casados proyectan sobre esa imagen los sentimientos y actitudes que tienen ahora, como si siempre fueran a tener 23 ó 24 años. Y se engañan en las dos cosas: ni siempre van a tener 23 ó 24 años, ni las actitudes y sentimientos que tienen ahora.

Por eso, esa novia que confía que va a cambiar a su novio después de casados se debería preguntar: cuando yo tenga 30, 40, 45 años, y ni siquiera eso, cuando yo me haya convertido en el plato de todos los días y no sea yo para él la sensación que era, ¿qué influencia podré tener sobre él para cambiarlo, si cuando estaba en plena forma no lo conseguí?

"Pero todo el mundo puede cambiar"

Por supuesto que todo el mundo puede cambiar, pero de nuevo, ¿cómo conoce la novia que su novio ha cambiado o viceversa? Porque sucede lo de siempre: que sólo se va a fijar si ha cambiado con ella y concluye de eso que realmente su novio ha cambiado.

Pero aquí vale también lo que decíamos más arriba a propósito de la bondad. Decíamos que si un hombre es bueno, es bueno con todos. Lo mismo aquí, si una persona ha cambiado tiene que haber cambiado con todos y no sólo con la novia.

No hace mucho vino a verme un señor todavía joven, a quien su esposa no pudiendo aguantar más lo había abandonado. Y venía para que yo intercediese con su esposa y le dijese que él iba a cambiar por completo en su conducta con ella. Pero lo que yo le dije el problema no era que él cambiase con su esposa, sino que cambiase con todo el mundo: porque mientras esto no sucediese, él en realidad no había cambiado, seguiría siendo el mismo y sólo era cuestión de tiempo que volviese a las andadas.

Porque es que todos esos cambios hechos bajo el influjo de una pasión y de un deseo vehemente, lo que en realidad están diciendo es: "mientras yo sienta lo que estoy sintiendo ahora, yo haré todo eso que tú me pides que te haga".

"Pero es que sus promesas son tan sinceras..."

Pero hay algo que sobre todo para las mujeres es decisivo para las mujeres es decisivo: las promesas, y las promesas que suenan realmente sinceras. Cuando el novio le jura a la novia que va a cambiar, que le dé una última oportunidad; y si además sus ojos están llenos de lágrimas, no hay novia que se resista. Y es que no hay nada que convenza tanto como la sinceridad sobre todo pasada por agua.

Pies bien, si alguno espera que yo diga que son lágrimas ficticias, está equivocado: un hombre no llora si no está profundamente conmovido; por eso yo no dudo un momento de que están siendo tremendamente sinceros. ¿Y qué? Las promesas de un hombre valen lo que vale el hombre que está detrás de esas promesas. Todos hemos hecho cientos de promesas en nuestra vida bajo el influjo de una emoción y un sentimiento y cuando las hacíamos éramos plenamente sinceros. Pero ¿qué pasaba? Cuando llegaba la hora de cumplir la promesa la emoción ya se había pasado, y ahí mismo encontramos una serie de razones y justificaciones para no cumplirla.

Para mucha gente sobre todo para los jóvenes la sinceridad es todo. Pero no lo es ni mucho menos. Porque la sinceridad expresa lo que siente en un momento dado, pero la sinceridad no garantiza que ese sentimiento va a dura para siempre.

Lo que la sinceridad garantiza es que el individuo que hace esa promesa en ese momento piensa y quiere cumplirla, pero de ninguna manera que de hecho la va a cumplir. Eso depende de otros factores: de la clase de hombre que es y sobre todo de, sin en el momento de tener que cumplirla, existen razones poderosas que se la hagan cumplir.

Creer por tanto una persona por muy sincera y chorreando en lágrimas que esté, es de una ingenuidad de niño de dos años. Por eso yo, cuando una muchacha me dice que está decidida a romper con el novio, me río: el resultado dependerá de si el novio le promete o no le promete que va a cambiar. Si esto último lo promete además brillándole los ojos por las lágrimas... ¡Kapút!

Y probablemente cambiará y hasta puede ser que ese cambio dure hasta la boda y un tiempo después; pero, lo más seguro, sólo será un cambio respecto de la novia, con los demás seguirá siendo lo mismo. Pero esto será suficiente para ella, esto le dará confianza hasta que un día ya casada y, por consiguiente, ya tarde se dará cuenta que la sinceridad no lo es todo, ni las lágrimas tampoco.

C) "Le quiero tanto que no me importa"

Esta la última y desesperada salida que muchos novios y novias intenta cuando se sienten acorralados y no pueden negar la evidencia de los hechos que van a causarles tremendos problemas en el matrimonio: "Lo quiero tanto que no me importa", o como dice la canción: "te quiero: y ¡qué me importa lo demás!". Les parece que ese amor que sienten por el novia o la novia es capaz de superar todos esos problemas y crisis que no pueden menos que prever.

Pero esto es muy fácil decirlo ahora y hasta creerlo, pero es la misma situación del caso anterior. Esto lo dicen ahora bajo la influencia del enamoramiento y enfatuación que ahora sienten. Y

naturalmente con la emoción que sienten ahora, por supuesto que se sienten capaces de superar todos esos sufrimientos.

Pero no se dan cuenta que están enfrentando una emoción actual, intensa, vehementísima a unos sufrimientos que son dos cosas: futuros y además sólo pensados. Y ¡claro!, entre una emoción presente, concreta y avasalladora como el enamoramiento, y un sufrimiento futuro, me impresiona mucho menos éste, no importa lo grande que en el futuro vaya a ser. Nos impresiona mucho menos éste, no importa lo grande que en el futuro vaya a ser. Nos impresiona muchísimo más lo presente que lo futuro; lo presente nos parece lo real, lo verdadero; en cambio, lo futuro nos parece más o menos irreal o abstracto. Además el futuro, cuando es doloroso, fácilmente nos persuadimos de que no llegará, que todo se arreglará y, en último término, cuando llegue, ya sabremos bregar con ello.

Y si además, los sufrimientos no son sólo futuros sino que son también sufrimientos sólamente pensados... Porque de nuevo nos impresiona inmensamente más una emoción intensa, real y presente, que un sufrimiento tan sólo pensado. Como me impresiona inmensamente más que una muela me duela ahora que pensar que me va a doler en el futuro.

Pero, ¿qué es lo que sucederá? Que se va a dar vuelta la tortilla: porque aquellos sufrimientos que eran futuros, se convertirán en reales y presentes, y esa emoción, que ahora sienten, pasará, será un recuerdo. Porque, poco a poco, por la acción de los sufrimientos, ese enamoramiento se irá extinguiendo. Y si no se extinguiese, tanto peor: la indiferencia, el abandono, el rechazo duelen inmensamente más cuando vienen de una persona que se ama que de una persona que nos resulta indiferente.

Es muy fácil decir ahora: "Le quiero tanto que no me importa lo que en el futuro me pueda hacer"; pero, cuando él llegue a las tres de la mañana y tú sabes que viene de estar con "la otra", cuando le veas entrando por la puerta tambaleándose por la borrachera; cuando oigas los insultos, las malas palabras, la indiferencia con que te trata; cuando sientas que ya no le interesas, que le aburres... entonces es cuando debería no importarte. Pero, desgraciadamente, cuanto más le ames entonces, más te va a importar.

D) "Es que es el hombre de mi vida"

Yo muchas veces me he preguntado: ¿por qué es tan difícil si no es imposible el que un joven o una joven decidan a romper con el novio o la novia? Yo creo que es porque todo novio enamorado está absolutamente convencido de que su novia es la mujer de su vida. Que la vida sin él o ella, no tendría sentido, no valdría la pena vivirla.

Y el caso es que eso lo piensan, aunque prevean que en el futuro les van a hacer sufrir mucho, que se van a tener que acabar por divorciar; a pesar de todo siguen pensando que es la mujer o el hombre de su vida.

Y acaban por adoptar una actitud fatalista, como quien está ante algo que es inevitable, ante lo cual no pueden hacer nada. Y se resignan: como quien tiene que resignarse a perder un brazo para no perder la vida.

Pues este es, precisamente el efecto del enamoramiento como dijimos: que convierte a la persona querida en lo que más vale para el enamorado, lo que más le importa, de lo que no podría prescindir, en una palabra, que son el hombre o la mujer de su vida.

Esto obviamente significa que para ellos no existe otro hombre u otra mujer que pueda suplirlas, que con ninguna otra podrían ser felices. Naturalmente que mientras sientan ésto, y ésto lo van a sentir mientras estén enamorados, es imposible convencerles de lo contrario. Y ésto aunque prevean grandes sufrimientos en el futuro, como he dicho.

Porque, ¿qué se le puede decir a una persona que acepta de antemano que va a tener grandes sufrimientos en su matrimonio, pero a pesar de todo lo ve como la solución menos mala, porque está persuadido que su novio o novia es el único hombre o mujer de su vida?

Y sin embargo, esta convicción que tienen que su novio o novia es el único hombre o mujer de su vida, es de una ingenuidad de novicia ursuliana.

Recuerdo el caso de un joven a quien yo conocía por ser amigo de su familia. Tenía una novia de la que estaba tremendamente enamorado, pero ésta le dejo y por cierto, por muy buenas razones. El muchacho se subía por las paredes y a todo lo que yo le decía me respondía que era inútil: que aquella era la única mujer de su vida.

"Entonces me vas a hacer creer a mí, le dije, que si tu familia no se hubiera trasladado a otra ciudad, y en ella no hubieras ido a tal colegio y ese colegio no hubiera dado aquella fiesta en la que conociste a esa muchacha, ¿tú nunca te hubieras enamorado? Porque si esa es la única mujer de tu vida... ¡Vaya una suerte que tuviste en haberla encontrado!".

Al cabo de un año volví a verle: ya tenía otra novia. Le pregunté cómo era y no acababa de ponderarmela. Entonces yo le dije: "¿Y dónde está la única mujer de tu vida?".

Y es que no existe tal cosa como la "única" mujer de mi vida: el mundo está lleno de "únicas" mujeres de mi vida. Porque aquellas mujeres que realizan el tipo de belleza síquica y física que a un hombre le atrae, pueden convertirse en la "única" mujer de su vida. Lo que determinó que se convirtiera en la única mujer de su vida, fue sencillamente que llegó primero.

Pues, si en vez de haber nacido en Caracas, hubiera nacido en Madrid o Buenos Aires o Nueva York, se hubiera enamorado de una mujer diferente que hubiera sido entonces la "única" mujer de su vida. Y si entonces se hubiera encontrado con la que ahora dice que es la "única" mujer de su vida, la hubiera mirado, le hubiera gustado y la hubiera olvidado enseguida, porque no se le podía comparar con su novia. Tuvo mala suerte: la otra vino primero y por eso es la "única" mujer de su vida.

Pero ¿por qué es tan difícil?

Y ¿por qué es tan difícil que se dejen dos novios enamorados, aunque vean que no se convienen? Por lo mismo que a un drogadicto le resulta casi imposible el dejar la droga, aunque ve que le está destruyendo: porque no es capaz de pasar un período de desintoxicación. Cuando un drogadicto decide dejar la droga, inmediatamente la droga se convierte en una obsesión, sólo piensa en ella, le es intolerable el vivir sin ela. Sólo si se le encierra, podría superar su adicción.

El enamoramiento sobre todo el físico es una persona-adicción y si trata de romper, el novio o la novia se les convierte en una obsesión y la vida les resulta intolerable. Y este sufrimiento se les hace más intolerable que cualquier otro que en el matrimonio pueden tener, que por ser futuro y ser sólo pensado, apenas impresiona.

Y, si además, el otro llama continuamente y le pida con lágrimas otra oportunidad, les resulta casi imposible seguir resistiendo. Como si un droga-adicto pudiera resistir, mientras le están ofreciendo la droga que echa de menos con todo su ser.

En conclusión, yo creo que el mejor consejo que se puede dar es: "no empieces a salir con alguien con el que no te pudieras casar". Porque si empiezas a salir es que te gusta y si te gusta, acabarás por enamorarte.

Adolescencia y Noviazgo

Vale decir algo sobre los noviazgos de los adolescentes que en muchos países son ya el caso más ordinario: muchachos y muchachas que están todavía en los primeros años de escuela secundaria y ya son novios formales.

Por de pronto ya mencioné el índice de divorcios en las diócesis de EE.UU. de los que todavía no han cumplido 20 años y se casaron. Yo no voy a decir que con los matrimonios de los que fueron novios desde 14, 15 años pasa igual, pero se acerca peligrosamente.

Ya sé que mis lectores me pueden citar casos de matrimonios muy felices que fueron novios poco menos desde la escuela primaria. También yo los conozco. Y es que hay una serie de razones que hacen estos enamoramientos muy peligrosos, aunque de momento parezcan tener sus ventajas. No hay más que pensar un poco.

Por de pronto, existe un peligro serio de que el noviazgo se les haga interminable y decidan casarse sin haber madurado todavía, con lo que caemos en el caso de los matrimonios teen-agers. Y no vale decir que en el matrimonio se puede acabar de madurar, porque lo más probable es que suceda lo contrario. La convivencia de dos personas, de distintas familias, con distinta educación, distinta sicología: femenina y masculina, ya lo sabremos, crea tensiones muy fuertes.

Una persona madura las sabe enfrentar y le ayudan a crecer en su madurez; pero cuando no se es maduro, no se saben enfrentar, son superiores a sus fuerzas y recursos y lejos de madurar, se frustran, se amargan y se resienten. Y el matrimonio muere aplastado bajo unas cargas que no podía soportar. Lo único que no se puede hacer con un puente de cemento armado que todavía no ha acabado de fraguar, es esperar a que con el paso de los autos y camiones acabe de fraguar: lo único que obtendremos será todo un montón de ruinas. El matrimonio no es para acabar de madurar; lo es para crecer en la madurez. Al matrimonio hay que llegar con el carácter suficientemente fraguado.

Adolescencia y madurez

Pero, aunque sepan aguardar y casarse más tarde, no se puede negar que a los 14, 15, 16, 17 años no se es todavía una persona madura, por consiguiente es muy difícil, por no decir imposible, que sea capaz de un verdadero y auténtico amor. Los adolescentes se hacen novios, no porque se aman, sin porque se gustan o se necesitan. Puede ser que en el futuro maduren los dos al unísono y sean capaces de amar. El caso es que son precisamente estos novios adolescentes los que más convencidos están de que se aman con frenesí: lo cual ya está demostrado que eso no es amor, porque el amor noes frenético, lo es el deseo.

Este hecho de que todavía no se aman, sino sólo se desean o se necesitan convierte a estos noviazgos en un lotería. Porque no se sabe si los dos van a madurar y ser capaces de amar o no en el futuro. Puede ser que sí, puede ser que no.

Por otra parte este noviazgo prematuro puede ser un obstáculo muy serio que impide o haga muy difícil esa misma maduración. Porque las emociones dulces del noviazgo les pueden servir de escape a los problemas que encuentran en su hogar, o en los estudios o en su trato con los demás: se refugian el uno en los brazos del otro y se olvidan de los problemas, no les hacen frente, con lo que nunca acaban de madurar. El uno es para el otro, lo que es la botella de licor para muchos hombres: la manera más rápida de desahogar sus penas.

Y estos enamoramientos prematuros pueden ser también un obstáculo para aprender a amar: porque como los dos se "aman" y se aman tan intensamente, sienten todas sus necesidades afectivas satisfechas y no les interesa amar a los otros; viven el uno para el otro, es un egoísmo a dos. Y ya lo vimos más arriba: el amar es una facultad universal o no es amar. Como el pintar o tocar el piano es una facultad universal: uno que sólo sabe pintar un perro no es pintor y uno que sólo sabe tocar una canción tampoco es pianista; y uno que sólo sabe amar a una persona tampoco sabe amar. Un pintor es capaz de pintar cualquier cosa y un pianista tocar cualquier canción; por supuesto que algunas le resultarán más fáciles que otras.

Y el peligro que tienen estos noviazgos prematuros, es que desde pequeños sólo se estuvieron pintando el uno al otro y ahora sólo sabe pintarse el uno al otro.

Todavía otra razón

Estas razones son ya de por sí muy serias. Pero hay otra razón que yo juzgo que es también decisiva. Porque forzosamente el echarse novio o novia a esa edad, lo escogerán conforme a los gustos o necesidades que experimentan en esa etapa de su vida. Pero resulta que el tipo de hombre o mujer que gusta a los 15 años, con muchísima frecuencia no es el mismo tipo que gusta a los 21 ó 22 años: ni física ni síquicamente. Y un día se va a encontrar que se casó con alguien que no era su tipo.

Porque toda esa trampa de la vida desde el nacimiento hasta los 20 ó 21 años y quizás me quede corto, es una etapa evolutiva, en la que el hombre está sometido a un cambio continuo en sus gustos y preferencias. No son los mismos los gustos de un niño de 3 años que los de uno de 5, que los de uno de 10, o un adolescente de 15.

Y entonces se está exponiendo a escoger un tipo de hombre o mujer que no le va a gustar el resto de su vida. Esto me parece a mí que es como escoger zapatos a los 14 años que le sirvan el resto de su vida: pero esto sólo tiene un inconveniente que los pies le van a seguir creciendo y el resultado va a ser que o le revientan los pies o le revientan los zapatos, o lo más probable que le revienten los zapatos después de haberle reventado los pies.

Por eso me atrevo a decir que ya es una señal de inmadurez y de inmadurez muy grande el echarse novio o novia a los 14 y 15 años. En ciertos países de hispano-américa esto es muy frecuente y coincide, ¿será pura coincidencia? con que esos mismo países tienen un índice de divorcios altísimos. Por supuesto que muchas veces se niegan que son novios, que son nada más que buenos amigos: cuestión de nombres. Pero, si siempre que salen, salen juntos y solos, cuando no están juntos están hablando por teléfono y se pasan todo el tiempo acariciándose, besándose y sobándose, ¿qué son? ¿Una pareja de boys-scouts?

Pero siempre podemos dejarnos

Siempre queda una última salida que es lo que suelen decir: "si mi novio o mi novia no me conviene siempre hay tiempo de dejarle". Yo no niego que esto puede suceder y sucede, aunque no tanto con esos noviazgos de adolescentes, cuanto con ciertos "noviazgos" precoces de niños.

Porque dada la cultura en que vivimos y la influencia obsesionante del cine, la TV, las revistas y los periódicos, ya es frecuente oír a niños o niñas de 7, 8 años que hablan de su noviecito o noviecita y al paso que vamos, dentro de poco veremos a novio a quienes sacan a pasear en su cochecito de ruedas y con el biberón en la boca.

Pero en los noviazgos de los adolescentes propiamente dichos hay una serie de factores que los empujan a seguir juntos y terminan por casarse. El primero es que se siguen gustando, porque la atracción física está en todo su apogeo, y las caricias, abrazos y besos les resultan todavía deliciosos: y ¿quién escupe un caramelo mientras le está haciendo restallar la lengua de gusto?

Por otra parte, en el noviazgo, como dijimos, no conviven todavía, sólo prácticamente se juntan para hacer cosas agradables: ir al baile, a una fiesta, al cine... y si no son agradables ellos tienen los medios para hacerlo agradable y de pasarlo bomba... : ninguna pareja de novios se aburre en una película, por rollo que esta sea; y entonces es difícil que surjan motivos serios de ruptura. Y así siguen y siguen hasta que se les hace tarde para volverse atrás y se casan. Y ahora ya no piensan: "si mi novio o novia no me conviene, le dejo"; lo que ahora dicen es: "si me va mal en el matrimonio, me divorcio", con lo cual se animan más a casarse.

A ésto se añade que el uno para el otro se ha convertido en una costumbre, algo que se hace todos los días sin cuestionárselo: como que cada día sale el sol. Y se dan también otras consideraciones de mucha fuerza. La muchacha muchas veces piensa: y si rompo con él ¿encontraré otro novio, ahora que los muchachos de mi edad csi todos tienen novia? ¿Y si me quedo con el billete, pero sin el tren?

Y él, por su parte, también puede pensar: ¿y cómo le hago yo ahora esta faena a mi novia después de todos estos años juntos? ¿Y que dirá mi familia y la familia de ella, que ya son una sola familia, porque daban por seguro que un día nos casaríamos? Todas estas consideraciones y otras parecidas les empujan a seguir adelante, teniendo en cuenta que no existen mayores problemas en el noviazgo y todavía que hay muchos ratos que los dos juntos, más bien muy juntos, lo siguen pasando bomba.

Más aún, es en esos momentos en que empiezan ya a insinuarse el hastío y la indiferencia del uno respecto del otro, que se da el mayor peligro de que esos ratos que lo pasan bomba, se multipliquen

para persuadirse de que todavía se quieren y evitar que la indiferencia y el hastío se apodere de ellos. Además, hay que compensarse y no hay mejor compensación que irse a la cama juntos.

Y el resultado es que muchas veces se casan pero se casaron con el que, o la que no era. Y ahora sólo es cuestión de tiempo: sólo hay que esperar a que por una parte los problemas que trae la convivencia alcancen la suficiente temperatura y presión y por otra los ratos-bomba del matrimonio vayan disminuyendo porque no son tan bomba y el matrimonio saltará hecho pedazos. Como se ve un simple problema de fuerzas centrífugas contra fuerzas centrípetas.

¿Un Matrimonio a Prueba?

Más de uno lo había venido pensando a lo largo de estas páginas: ¿por qué no vivir juntos durante cierto tiempo, como si estuvieran casados? Si resulta, se casan. Si no resulta, se separan. ¡Así de sencillo!

Por supuesto, también para averiguar si un individuo tiene un tumor en el cerebro se le puede abrir el cráneo en una operación exploratoria: si no tiene tumor, se vuelve a cerrar; y si lo tiene, se le extirpa y ya está. Pero, ¿no hubiera sido más fácil, menos doloroso, y con menor riesgo haberle hecho un encefalograma y un sonograma? Lo mismo digo yo aquí. Si hay una manera fácil, sin riesgos, que dé garantías, de averiguar si un matrimonio va a resultar, ¿por qué acudir a una experiencia que va a ser traumatizante y que encima de todo no va a ser válida?

Porque, no lo dudemos: por de pronto, la experiencia sería traumatizante porque una de dos: cuando se juntaron o estaban enamorados o no lo estaban; si no lo estaban no tiene sentido el ponerse a vivir juntos; y si lo estaban, la ruptura y sobre todo el proceso hasta la ruptura: peleas, insultos, recriminaciones, va a ser tan traumatizante como si hubieran estado casados. Y va a ser, sobre todo, traumatizante para la mujer; porque mientras tanto va perdiendo su juventud y belleza, lo que la coloca en desventaja con otras mujeres más jóvenes y con belleza más fresca y juvenil. Y traumatizante también porque después de dos o tres o más años de vivir juntos, la mujer es la que de ordinario se encontrará en la calle, sin ninguna pensión y sin derecho a los bienes gananciales. Como se ve, un arreglo muy conveniente sobre todo para el varón. Y, ¿qué hace después? ¿Empezar otro matrimonio a prueba? ¿Para que a lo mejor le vuelva a resultar lo mismo? Yo creo que muchos, sobre todo los hombres, se pasarían la vida encantados en sucesivos matrimonios a prueba.

Y tampoco va a ser válida esta experiencia porque, ¿cuánto tiempo va a durar esta prueba? ¿Dos, cinco, diez años? La mayor parte de los matrimonios se divorcian a los siete, a los diez y hasta los 15 años de casados; por consiguiente, uno o dos años no serían suficientes. El atractivo físico y el deseo pueden durar muy bien varios años. Además, en nuestro caso, es todavía mucho menos válida esta experiencia porque no tienen hijos: sería una irresponsabilidad tremenda tener hijos mientras el matrimonio está a prueba. Y precisamente una de las causas principales de los problemas matrimoniales son los hijos. Estos cambian por completo la vida de los esposos: les imponen una serie de renuncias y privaciones, malos día y peores noches, tensiones económicas, tensiones por la educación que se les da o no se les da, pérdida de libertad, etc. Los hijos amarran mucho.

Y tampoco es válida esta experiencia por otra razón: primero, porque cuando uno sabe que es para toda la vida, se piensa antes de dar el paso; y segundo, se hacen esfuerzos para que resulte bien. Pero cuando uno va con la idea de que, si no me va bien me separo, ni piensa antes de empezar el experimento, ni se hacen esfuerzos para que resulte; y esto traería como consecuencia que el número de tales matrimonios a prueba se multiplicase increíblemente. Precisamente este es uno de los resultados que traen las leyes del divorcio: que se multiplican los matrimonios que se divorcian. Trataron de hacer que hubieran menos matrimonios infelices y provocan más matrimonios infelices. Y si hay tantos divorcios en los matrimonios a pesar de que hay hijos de por medio, y división de bienes gananciales, y pensiones alimenticias, ¿qué sucederá en estos matrimonios a prueba, sin hijos de por medio, ni división de bienes gananciales, ni pensiones? Y no estoy hablando de la inmoralidad que represetna el que dos personas que no saben si se aman y que, desde luego, no se han entregado el uno al otro de una manera exclusiva, total y definitiva, y por consiguiente no se aman de una manera total, estén teniendo relaciones sexuales que son la expresión y el lenguaje del amor total: la entrega corporal tiene que ser la expresión de la entrega espiritual del hombre y la mujer, y si no es así, están viviendo una mentira; están violentando la sexualidad en sus dos dimensiones fundamentales: porque ni es la expresión de entrega total, ni es para traer hijos al mundo. En conclusión, que estos matrimonios a prueba serían traumatizantes, no se resolvería nada y sería una situación inmoral.

Yo creo que lo que hay debajo de esta manera de pensar es la idea de que a una persona no se le puede conocer bien hasta que no se ha convivido con ella. Yo, más bien diría que conviviendo con una persona se le pude conocer suficientemente. Porque esa persona ha convivido y convive con otras personas de distinto temperamento y carácter; no hay, pues, más que observar, cómo reacciona con aquellas personas con la que convive, sobre todo en los momentos de tensión y crisis.

Ahora bien, si por una parte sin convivencia se puede obtener un conocimiento suficiente y por otra parte la convivencia traería inconvenientes tan grandes, yo creo que la conclusión es clara. Además, que como hemos visto, esta convivencia no es plena y real porque los problemas pueden tardar varios

años en aparecer dependiendo de lo que dure la atracción sexual, y el carácter que tengan. Esta convivencia sólo descubriría pronto aquellas cosas en que existiera un defecto grave de carácter, o de madurez, o de costumbres. Pero, si era grave, ¿no se podía haber descubierto perfectamente durante el noviazgo?

Y termino repitiendo lo que dije antes: el matrimonio no es una lotería; nosotros lo convertimos en una lotería. Ni es tampoco cierto que matrimonio y mortaja del cielo bajan. El matrimonio no baja, somos nosotros los que lo hacemos bajar.

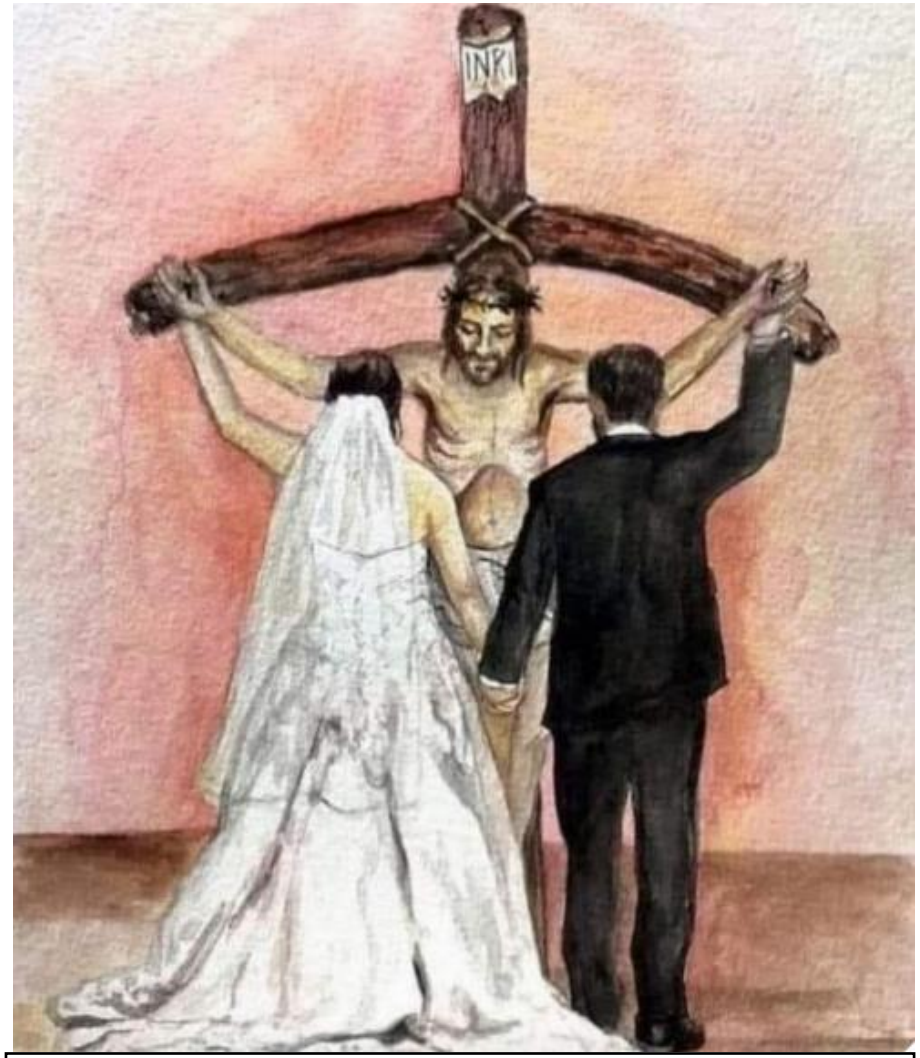
Y es de nosotros de quienes depende en gran parte que el matrimonio sea feliz o desgraciado. Quizás alguno al terminar de leer este libro lo encontró un poco pesimista. ¿O más bien, había que decir realista? Porque si la realidad es pesimista...

Precisamente este ha sido el objetivo de este libro, hacer que la realidad no sea tan pesimista: porque estoy convencido de que el matrimonio es la situación existencial que mayor felicidad puede proporcionar a la mayoría de los hombres y mujeres. Pero para que así sea exige un mínimo de condiciones.

Yo sólo he tratado de exponer este mínimo de condiciones. Y ¿qué es más negativo, callarlas para que la gente no se asuste o decirlas para que la gente las procure? ¿Qué es más negativo, ocultarle a una persona que el grano que tiene puede ser canceroso, o decírselo para que se opera tiempo?

A lo que estoy animando es a que realmente se amen, que sean maduros, y que sean amigos y todo eso no en grado heróico, sino en un grado satisfactorio.

Toda profesión para que resulte necesita un mínimo de preparación y por consiguiente de esfuerzo y sacrificio. Y el matrimonio que es la más importante de las profesiones de un hombre o de una mujer ¿podría resultar sin esfuerzo y sacrificio? Y ¿no merece la pena que hagamos este esfuerzo y este sacrificio para que realmente resulte? ¡Por supuesto que sí!



1 Corintios 13:4-8: El amor es paciente; el amor es bondadoso; el amor no es envidioso ni jactancioso ni arrogante ni grosero. No insiste en su propio camino; no es irritable ni resentido; no se alegra del mal, sino que se alegra de la verdad. Todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no tiene fin.